



Diario 16

*Recuerdos de
Madrid*

(en postales)

Con el patrocinio de:

Fortuna



MADRID - ESTACIÓN DEL NORTE



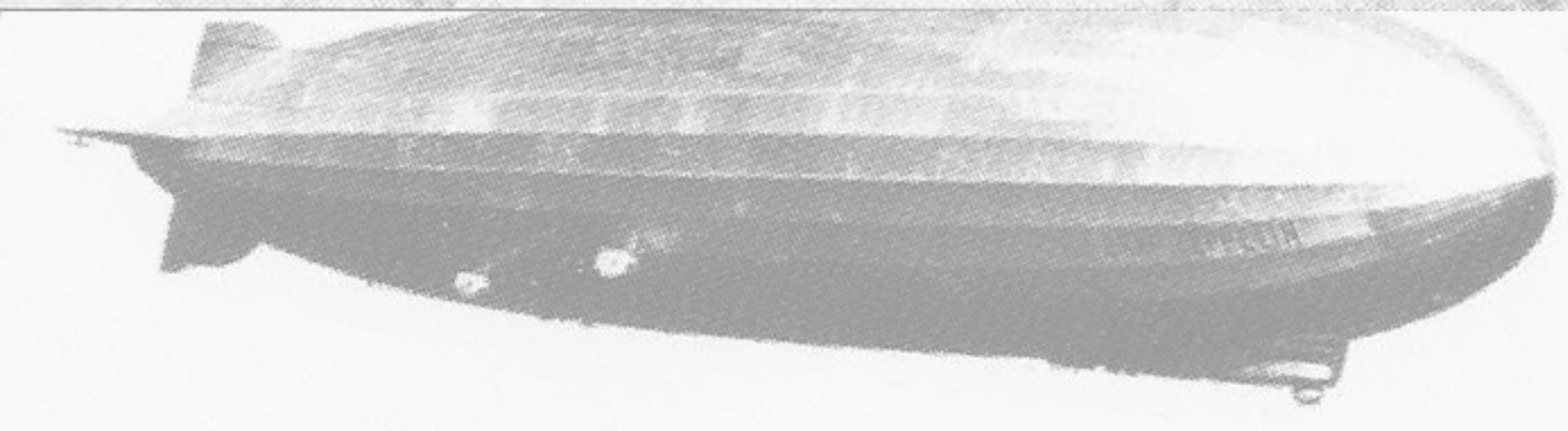
MADRID - LA MONCLOA - MONUMENTO A DAOIZ Y VELARDE



115-11-93
MADRID. - Estatua de Argüelles.



Castañeira y Álvarez -
MADRID -- Puerta de Alca.



Folpiz. Castañeira, Álvarez y Leventid.-Madrid
515 - MADRID. - Puerta del Sol



Diario 16

*Recuerdos de
Madrid*

(en postales)

Con el patrocinio de:

Fortuna

1

Puerta del Sol

Cuando el pan era pan, y el vino, vino, y las puertas, puertas, en esta plaza estaba una que daba a Oriente, por donde los primeros rayos de sol se colaban en el Madrid amurallado en adobe que se encontró Felipe II. Dicen que los Comuneros habían tenido allí un fuerte con un sol pintado, y por eso la llamaron «Puerta del Sol». Hasta diez calles confluyen en el viejo mentidero. Los tranvías de la postal son ya eléctricos, novedad que sobrevino en 1879. En la Puerta del Sol siempre hay novedades, como las idas y venidas de la Mariblanca y las farolas de la bronca. Don Antonio Maura vino a Gobernación para proclamar la Segunda República, y el personal termina aquí las manifestaciones y toma las uvas.

2

Puerta de Alcalá

El cortesano arquitecto Sabatini, con el fin y objeto de dar gusto a Su Majestad Carlos III, hizo diferentes las dos caras de la Puerta de Alcalá. En cambio, el bárbaro del general francés monsieur Bigarré hizo disparar sus piezas de artillería contra el bello granito de Colmenar de Oreja, causando un verdadero estropicio. Al caballero de Seingalt, Giacomo Casanova, le quitaron aquí los aduaneros su caja de rapé y un par de libros, detalle que contribuyó a formar en él un pésimo concepto de los españoles. La antigua puerta quedaba esquina de Alfonso XI, y era mucho menos elegante.

En estos días la están arreglando, y don Antonio Mingote ha pintado muy diligentemente unas graciosas telas, para velar el maquillaje de la noble y coqueta arquitectura.

3

La Cibeles

La Cibeles no se sabe si es una fuente, o es una plaza, o no es ninguna de las dos cosas. La Cibeles lleva por delante el más alto título de nobleza que la Villa otorga: ese breve y rutilante «la», que hace de La Lola, una Lola realmente madrileña y de El Eusebio un natural del Foro fetén. La Cibeles iba, a lo primero, camino de Colón, y andaba por el inicio de la acera de Recoletos. Carlos III quiso hacerle dar la vuelta y circular hacia La Granja; pero entre el Conde de Aranda y Ventura Rodríguez, progenitor de la clásica, la pusieron mirando a la Puerta del Sol y la plantaron en medio del platillo. Ahí se pasa la vida, a partir de entonces, entre los fantasmas del Palacio de Linares, el trajín de Correos y la verdura del antiguo Palacio de Buenavista.

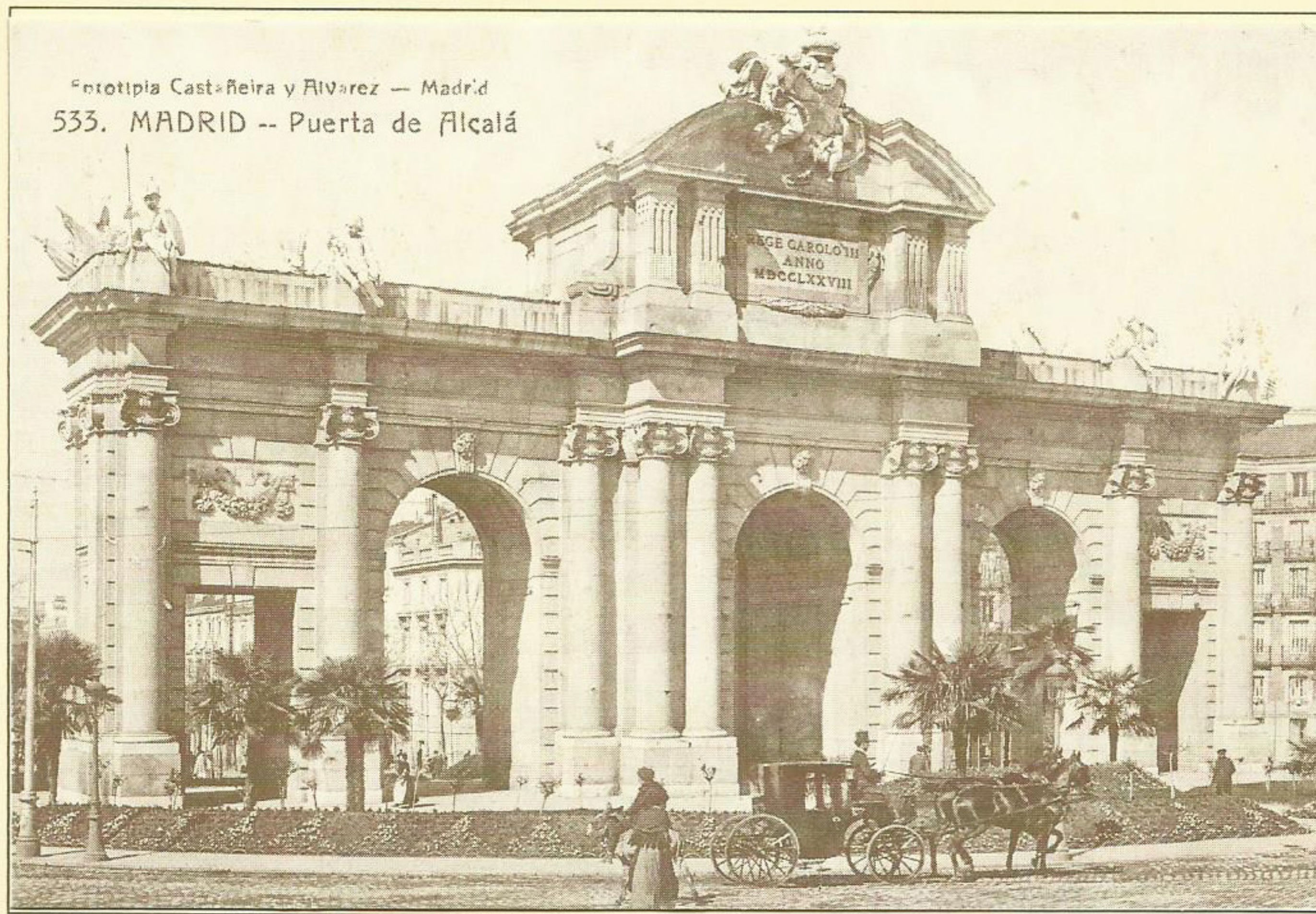
1

Fotopla. Castañeira, Alvarez y Leventfeld.-Madrid
515 - MADRID.—Puerta del Sol



2

Fotopla. Castañeira y Alvarez — Madrid
533. MADRID -- Puerta de Alcalá



3

Fotopla. Castañeira y Alvarez — Madrid
524 MADRID -- Fuente de la Cibeles



Puente de Segovia

Se construyó el Puente de Segovia entre 1581 y 1584, así que es el puente decano de Madrid. Fue su arquitecto nada menos que don Juan de Herrera, el mismo que hizo San Lorenzo del Escorial. Lo que, a lo mejor, no sabía Herrera es la cantidad de bromas que iban a gastar después los madrileños, y hasta algún atrevido foráneo, sobre la desmesurada grandeza de los nueve arcos de granito, plantados encima del humilde y vituperado río Manzanares. En esta postal se ven las lavanderas, metidas cada una en su artesa. Parece ser que en el siglo XVII, en vez de lavanderas, chapoteaban bajo el puente unas bañistas en cueros, que le encantaban a Quevedo, a Fulvio Testi, y, digo yo, que a cualquier hijo de vecino.

Puente de la Reina Victoria

Frente a la ermita de San Antonio de la Florida, por donde se encendían las hogueras de San Juan, estuvo antaño el Puente Verde, que sólo servía para que lo cruzaran los peatones. A principios de este siglo, que estamos a punto de despachar, se acabó este otro, tan hermoso, de hormigón con barandas de hierro colado, al que llaman algunos «el finisecular». Observen, en descargo del Manzanares, que esta postal lo muestra con un caudal bastante aceptable. Un día así debió de ser cuando la ballena, que al final no era más que una albarda de borrico, puso a medio Madrid sobre las armas. Baje usted desde el Parque del Oeste, cruce la rosaleda, pase por delante de la ermita, y se encontrará encima del puente. Al otro lado, se acaba topando con la M-30. Qué le vamos a hacer.

Puente de Toledo

Alguno dirá que la construcción del Puente de Toledo es todo un símbolo de cómo hacemos las cosas aquí. Se acordó hacerlo en 1682; en 1720, cuando aún estaba en obras, se lo cargó una crecida, y no lo terminaron hasta 1732, siendo regidor de Madrid el célebre Marqués de Vadillo. Cincuenta años, a ojo de buen cubero. La señora del mantón alfombrado se dirige hacia la salidea del puente, donde están las dos torrecillas churriguerescas. El escultor Juan Ron hizo las estatuas de San Isidro y Santa María de la Cabeza, que pusieron en los dos templetos que hay en mitad del puente y que no se ven en esta foto; pero sí que las podían ver los que, desde la villa, quisieran tomar el Camino Real de Andalucía.

4

249. MADRID — Puente de Segovia



5

MADRID
Puente Reina Victoria



6

248. MADRID — Puente de Toledo



7.

Retiro. Paseo de coches

El duque de Fernán Núñez, allá por el año de 1874, consiguió armar una de las primeras protestas ecológicas de Madrid. Fue por su iniciativa de abrir en el Retiro un suntuoso paseo de coches a costa de talar una gran cantidad de árboles añejos y copudos. Don Armando Palacio Valdés se enfadó, con muchísima razón, y la polémica estaba servida. Con todo, el cabriolet o milord, popularmente «manuela», la severa berlina y el finísimo landó o carretela pronto empezaron a pasear circunspectos caballeros, damas con perrito y pelanduscas elegantes por aquella espaciosa calzada.

En esta postal, los carruajes de caballos han sido ya sustituidos por el automóvil y la bicicleta, que circulan por la izquierda, como es debido.

8.

Retiro. El embarcadero

El estanque del Retiro es la obra más antigua conservada en el interior del parque. Data de 1631, y sirvió, en tiempos del disipado monarca Felipe IV, para organizar en él batallas navales de mentirijilla, que a su majestad le gustaban mucho. También hacían representaciones teatrales y otros festejos.

Fernando VII mandó construir junto al estanque una barandilla y un embarcadero para la falúa real. Más tarde, plantaron allí la aparatosa estatua de Alfonso XII, el Pacificador, con su columnata y sus escalerillas, donde da casi tanto gusto tomar el sol como en las propias barcas. La estatua es de Benlliure, y tardó veinte años en quedar instalada, hasta la inauguración del conjunto en el año 1922.

9.

Retiro. Casa de Fieras

Gracias a la Casa de Fieras, sabemos los madrileños de generaciones adultas cómo es el auténtico olor a tigre. Menos mal que en 1972 se mudó el zoológico a la Casa de Campo, donde los animalitos están mucho más a su aire. La primera que tuvo bichos en el Retiro fue la condesa de Olivares, dama que instauró el denostado «gallinero», una pajarera que los madrileños se tomaban a pitorreo, como casi todo. Mucho más adelante, Fernando VII hizo traer las jaulas y alojaron a los osos en la montaña artificial. Andaba entonces por el Retiro el elefante Pizarro, que era una elefanta, y se comió el pan de una tahona de la calle de Alcalá una vez que se escapó.

Los bonitos bancos andaluces de mampostería y azulejos los puso en 1920 don Cecilio Rodríguez.

7

14 MADRID
PASEO DE COCHES

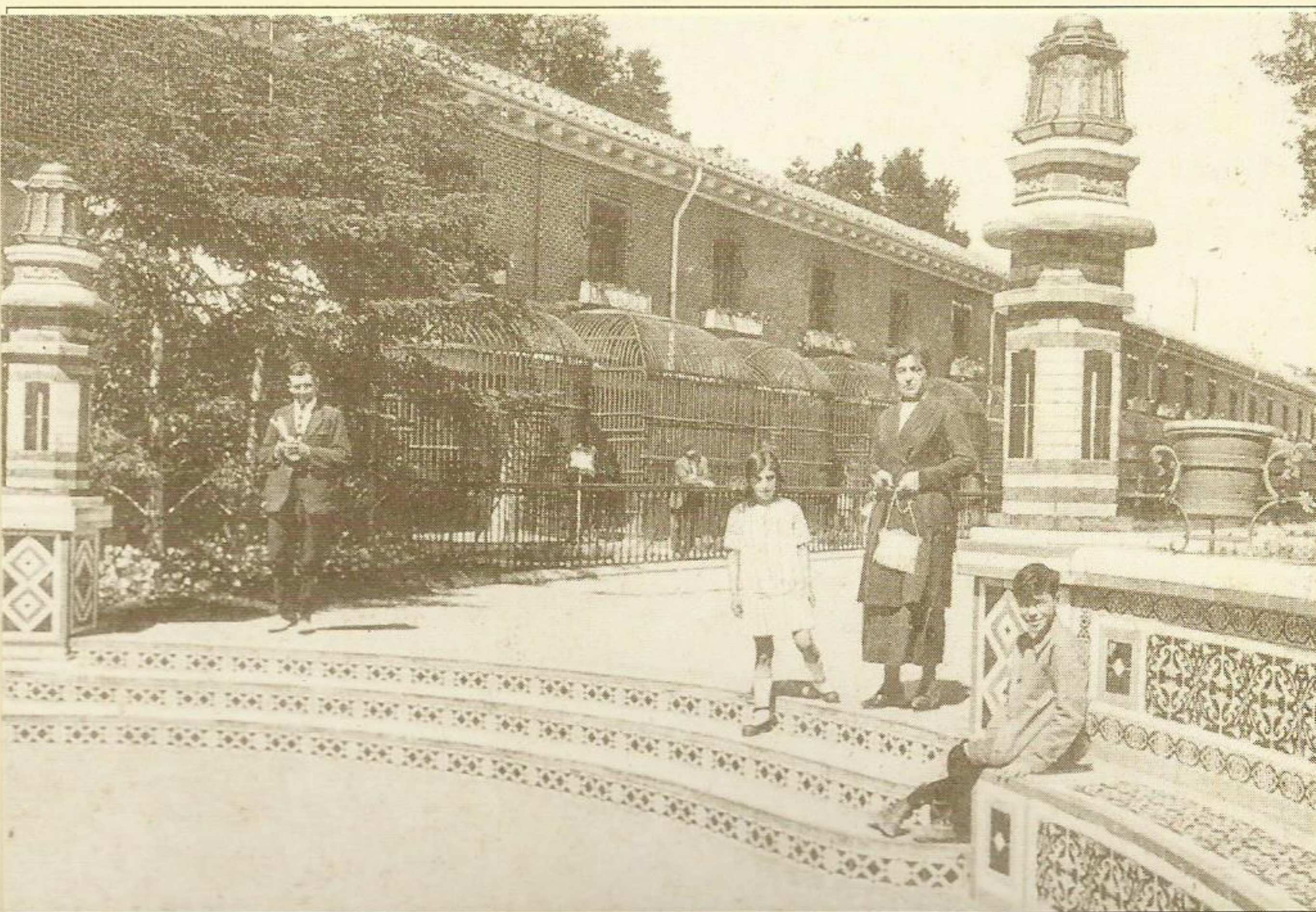


8

18 MADRID
Retiro, Embarcadero nuevo.



9



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Plaza de la Cebada

En ella fundó su hospital doña Beatriz Galindo, La Latina; pero hubo de ser derribado para dejar espacio a los carros que traían grano y otras vituallas que vender. Precisamente la plaza se llama de la Cebada porque en ella la vendían, y la distribuían para los reales regimientos. Aquí estaba otra de las fuentes de Madrid, la fuente de los osos, en torno a la cual la flor y nata de la picaresca pudo presenciar, consecutivamente, la fiestas de canonización de San Isidro en 1622, las ferias de Madrid, durante el siglo XVIII y las ejecuciones de Riego y Luis Candelas en el XIX. El hermoso mercado de hierro se hizo en 1875, y lo sustituyeron por el nuevo, bastante más feo, en 1962. A veces no es sencillo unir lo bello con lo práctico.

Cuatro Caminos

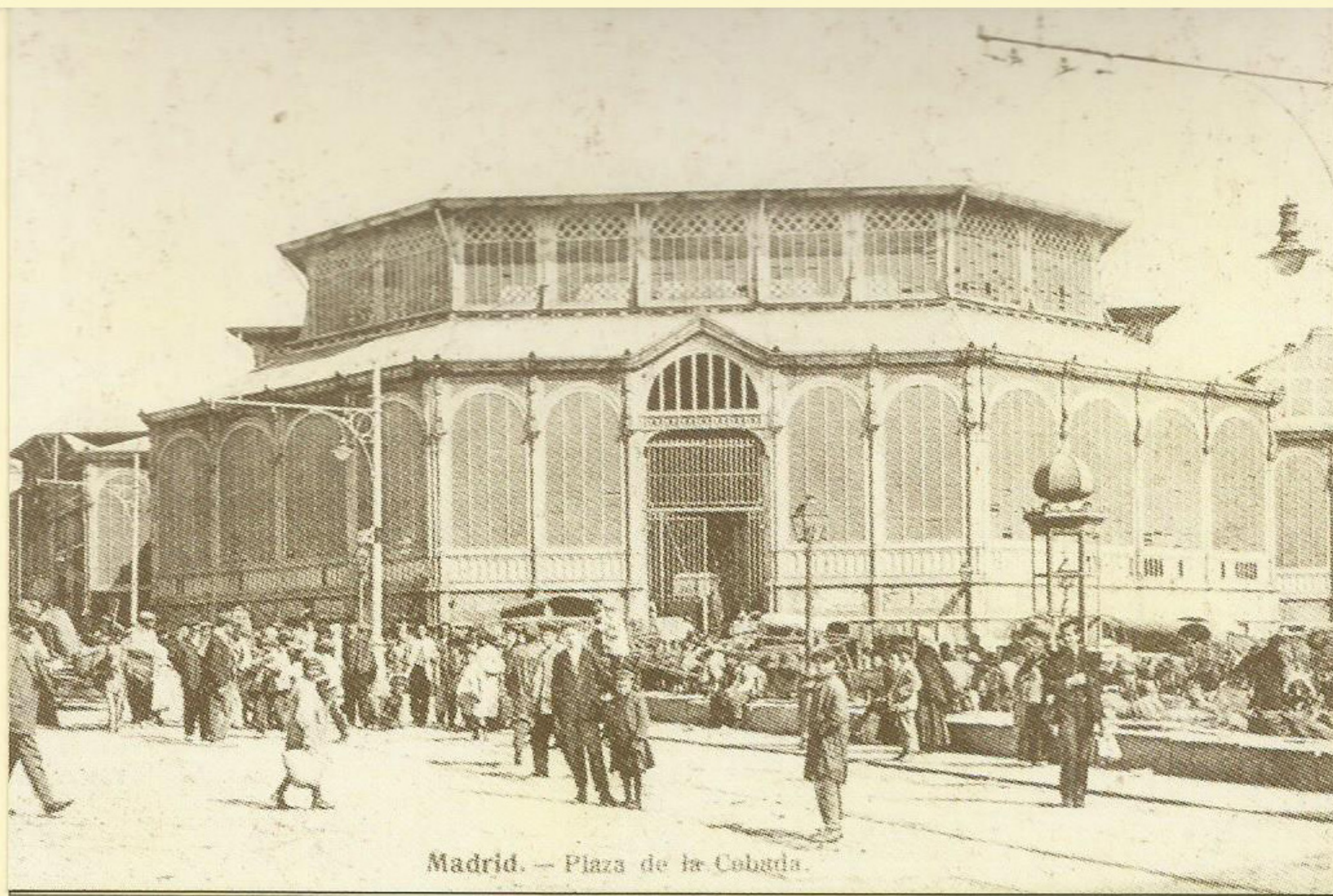
Tiempos hubo en que ir a Cuatro Caminos era irse de campo. La gente abandonaba el barullo del centro y se montaba una de gallinejas en los merenderos del partidor de las aguas. Más tarde, cuando muchos obreros no podían pagarse un alquiler en la ciudad, vinieron a instalarse en este arrabal, e hicieron de la plaza símbolo de lo proletario.

La fuente, que antes había estado en la calle San Bernardo, desapareció en mala hora, y apareció la glorieta, con la boca del Metro, donde se ponían el chino de los collares, el hombre de las aceitunas y las estraperlistas. También la glorieta se la cargaron con el paso elevado en 1969, de forma que murió uno de los centros más animados y populares de Madrid.

Plaza de Cascorro

Durante algunos años, los municipales llamaron a esta plaza de Nicolás Salmerón, en honor del insigne tribuno republicano. La gente, que es muy suya, no hizo ni caso, y siguió diciendo plaza del Rastro o plaza de Cascorro. Don Pío Baroja la recuerda así en sus memorias: «En lo que se llamó Cabecera del Rastro, y ahora está la estatua del héroe de Cascorro, había una manzana de casas viejas y decrepitas, que interceptaban el paso de la Ribera de Curtidores y que llamaban el Tapón del Rastro.» El tapón lo derribaron en 1905, y en la postal, que es de 1912, se ve ya la fuente, aunque el artista se ha dejado fuera la estatua de Eloy Gonzalo, inaugurada el 7 de junio de 1902.

10



Madrid. — Plaza de la Cobada.

11



12



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Paseo de Trajineros

Se llamó paseo de Trajineros a «la calzada inmediata a las casas desde la esquina de la calle de Atocha a la de la plaza de Neptuno», según cuentan el imprescindible Pedro de Répide y el señor Capmany. Era, pues, una parte del paseo del Prado, obra famosa ordenada por Carlos III, cuyas labores y mejoras corrieron a cuenta de José Hermosilla, Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva.

El Madrid calderoniano de «misa, reja, coche y Prado» dejó sitio al del «chichisbeo» o cortejo, y más tarde al de los «dandys» y «fashionables» que se paseaban en carruajes como el de la postal, según el Prado fue civilizándose. Luego dejó de hacerlo, y esta zona, la de Trajineros, es una de las que proporcionan mejores atascos en el Madrid de hoy.

Paseo de Areneros

Gracias a los tiempos felices, cuando la ortografía no atormentaba con su dictadura a los colegiales, la gente nunca llegó a saber si «Areneros» viene de «arena», o, por el contrario, viene de «harina», pues, por lo visto, había un molino en la parte baja de la cuesta.

El paseo formó parte del célebre ensanche de Madrid, y mudó su nombre por el de Marqués de Urquijo, primero, y luego se acabó llamando calle de Alberto Aguilera, en honor al excelente gobernador civil que, entre otras muchas cosas, mandó hacer el parque del Oeste. Para que luego digan de los poncios. Como se puede apreciar, aquí estuvo el Hospital de la Princesa —fundado en conmemoración del natalicio de Isabel II— desde 1857 hasta 1950, momento en que lo derribaron para hacer viviendas militares.

Paseo de la Florida

Al paseo de la Florida no hay quien le quite su aire popular y desenfadado, a pesar de que ya no circulen por él unos bueyes tan hermosos, ni conduzca a la Bombi. Si uno se sienta en la puerta de Casa Mingo, singular establecimiento que atesora restos del ambiente de los últimos ventorros, tendrá a su derecha la ermita duplicada en 1928, idea digna del maestro Luis Buñuel; y por encima del singular monumento verá pasar el funicular. A la izquierda, y por detrás, la terrorífica tapia de la fenecida estación del Norte, que espera ver abrirse el célebre pasillo verde. Frente a uno, queda la estatua de Goya. Aquí venían, antaño, a pasar una noche entretenida, había trajines amorosos de toda laya, y, en su tiempo, las mozas podían pedirle novio al santo.

13



636. MADRID - Paseo de Trajineros

14



38-MADRID.-Paseo de Areneros.

FOT. LAURENT MADRID

15



55 MADRID San Antonio de la Florida.

Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Basílica de la Virgen de Atocha

La basílica de Atocha tiene sus leyendas y su literatura; tiene detrás de sí el rastro de todos los monarcas españoles y una larga y azarosa vida, marcada por sucesivas reconstrucciones y bastantes polémicas. Hasta el origen de su nombre se ha discutido, pues no sabemos si procede del campo de esparto donde estuvo edificado el primer eremitorio, o es que vino de Antioquía la imagen de la Virgen, o procede de la bizantina Theotocos el nombre de Atocha.

Fundaron la basílica en 1522 Juan García de Loaysa y Juan Hurtado de Mendoza; mandó Felipe II construir la capilla mayor, y la puso bajo el Patronato Real. En 1891 la reconstruyó el arquitecto Fernando de Arbós, y puso la torre neobizantina que se llevó la guerra civil por delante. Esa es la versión que presenta la postal.

Iglesia de san Manuel y san Benito

Tiempos hubo en que los próceres más acaudalados gastaban sus dineros no en residencias con calefacción para el perro, sino en muy devotos y llamativos templos, tal y como hiciera en 1911 el rico caballero catalán don Manuel Caviggioli, esposo que fue de doña Benita Maurici, quien, con su marido, costeó los mármoles, y hasta el buen órgano de esta iglesia, hoy llamada del Redentor, pero que ellos bautizaron con sus propios nombres de pila, porque para eso la habían pagado. Sede de la Nunciatura Apostólica de Su Santidad, la parroquia del Redentor, o, si se prefiere, de san Miguel y san Benito, ocupa parte del espacio que dejó libre la antigua plaza de toros de Madrid, y, tras su restauración en 1975, sigue abierta al culto en plena calle de Alcalá.

Iglesia de san Andrés

Mucho tienen que ver la plaza, la costanilla y la iglesia de san Andrés con la vida y la muerte del santo patrono de Madrid, san Isidro Labrador. Parece muy verosímil que en 1130 fuera enterrado allí san Isidro, y completamente probado que su féretro salía de la sepultura cada vez que un miembro de la realeza tenía un alifafe algo de preocupar, y andaba necesitado de ayuda sobrenatural para salir del paso.

La antigua iglesia medieval dio paso en 1675 a un extraordinario templo, cuya primera piedra fue colocada en presencia de Felipe IV, e inicióse la construcción bajo las directrices de fray Diego de Madrid. El edificio de la postal lo destruyeron en el treinta y seis, y la reconstrucción tuvo lugar después de la guerra.

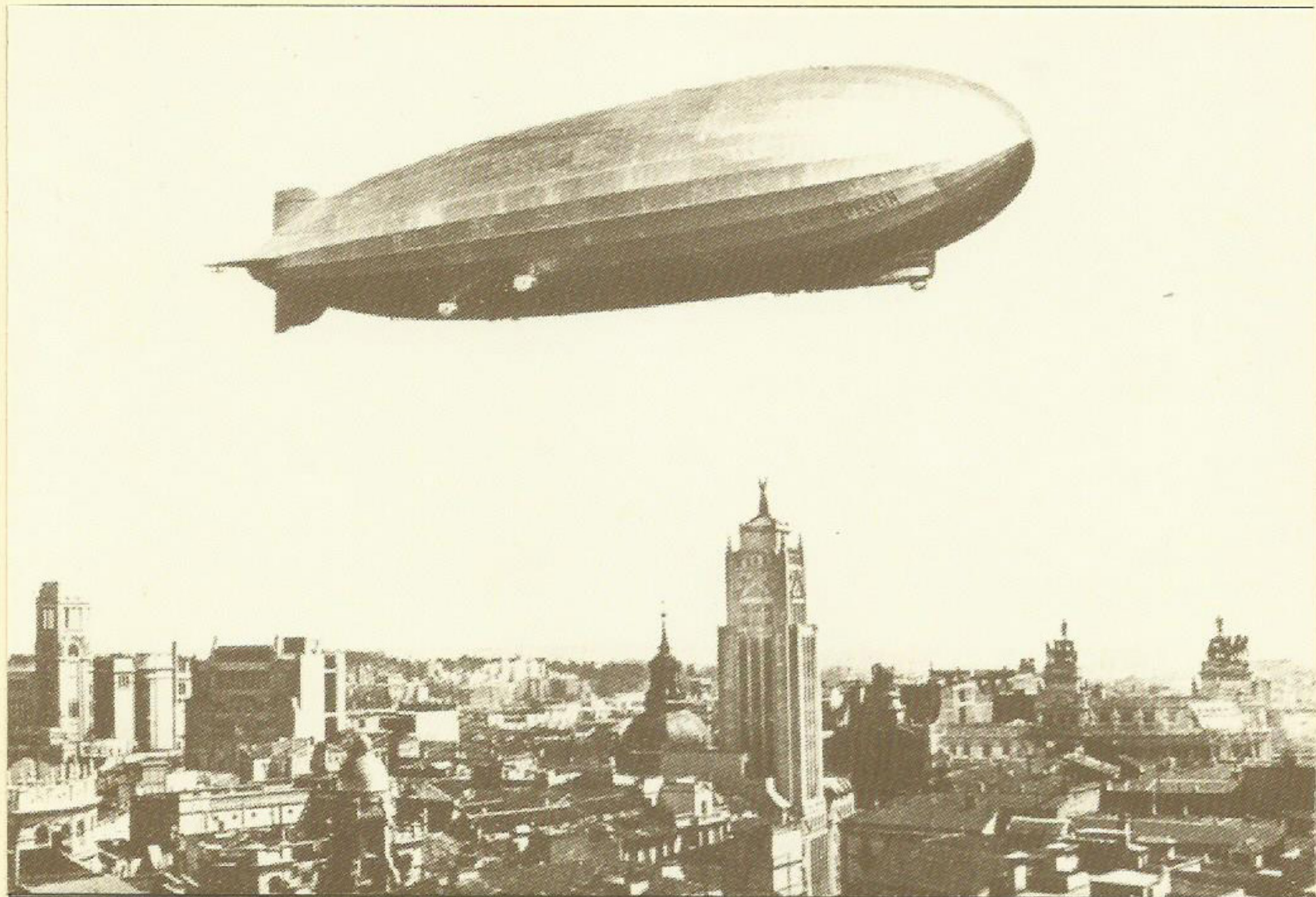
22



23



24



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Estatua de Argüelles

El año de 1902 fue un año en el que se inauguraron muchos monumentos en Madrid. Monumentos a Bravo Murillo, a Lope de Vega, a Eloy Gonzalo y a don Agustín Argüelles, el que aparece en la postal, obra de José Alcoberro, plantada hoy en el parque del Oeste. Terminaba aquel año su mandato, como alcalde de Madrid, don Alberto Aguilera.

El señor Argüelles se merecía sobradamente la estatua, porque su obstinada vocación constitucional le impulsó a escribir preámbulo y articulado de la de 1812, lo cual le valió la cárcel y el destierro hasta la muerte del despótico monarca Fernando VII. Cuando logró volver a España, se constituyó en paladín de la Carta de 1837. Murió en Madrid en 1844.

Estatua de Cánovas

Don Antonio Cánovas del Castillo tiene su estatua en la plaza de la Marina Española, frente al Senado, ubicación muy adecuada para un gran político conservador, que propició la Restauración en 1874, e inventó la alternancia en el poder, con Sagasta, en el pacto del Pardo. Fue académico y presidente del Ateneo. Lo mató un anarquista italiano en el balneario de Santa Agueda.

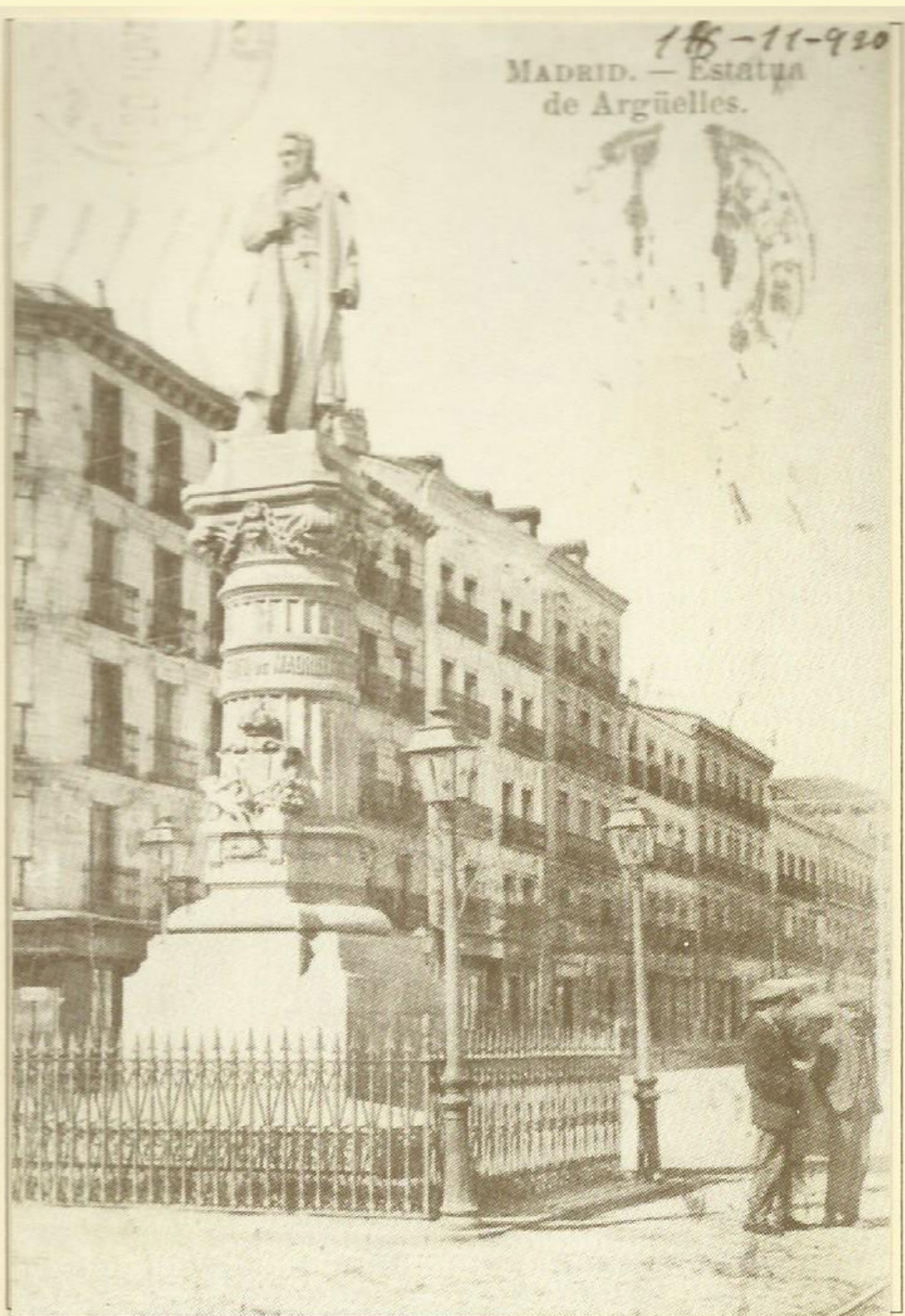
La estatua, obra de Joaquín Bilbao y José Grases Riera, fue inaugurada el primer día de 1901, con asistencia de la Familia Real y el Gobierno en pleno, y presenta dos grupos escultóricos al gusto de la época. Uno de ellos representa la Historia y la Fama, y el otro, la Patria.

Estatua de Daoiz y Velarde

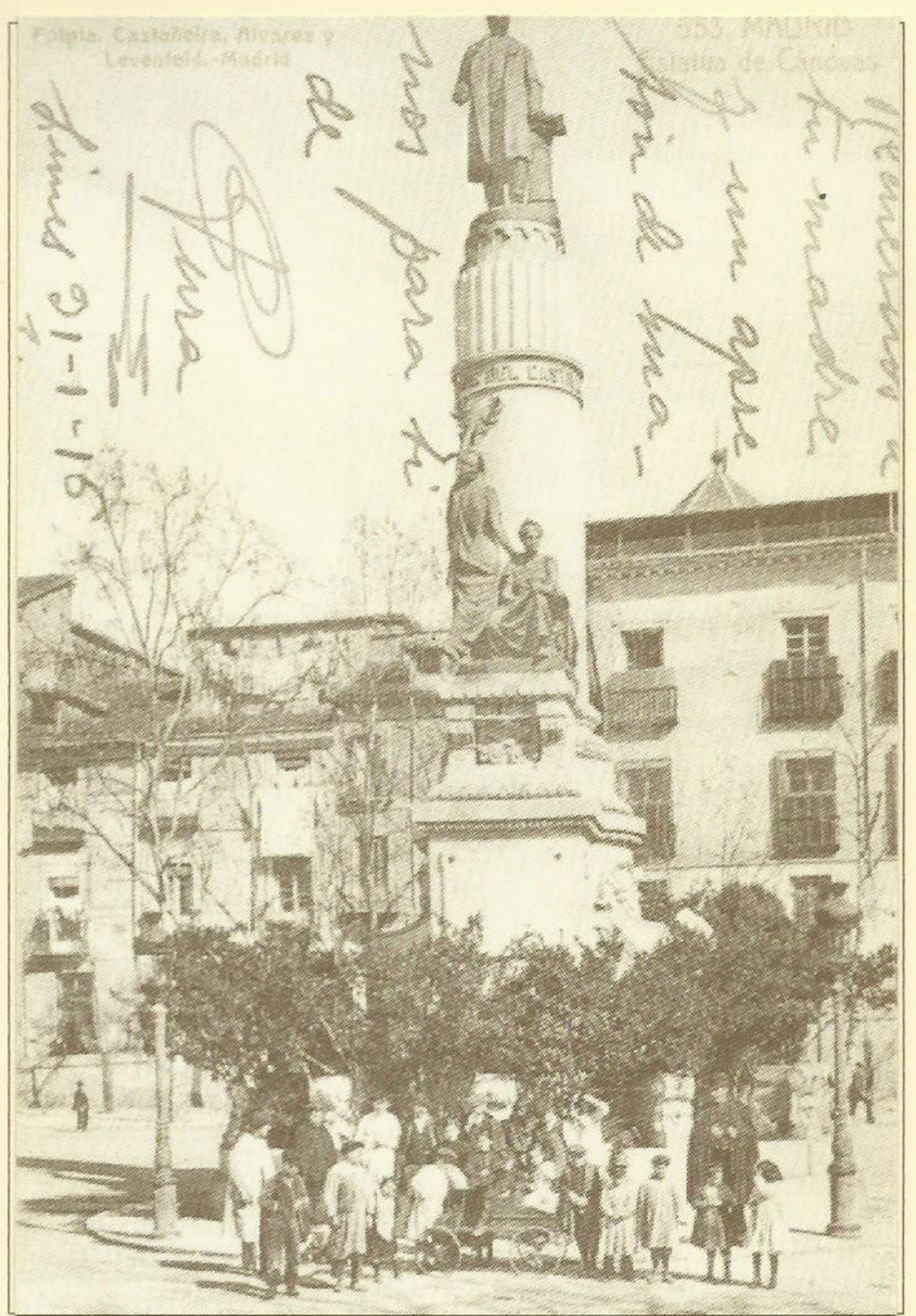
Este monumento de clásica resonancia fue realizado en Roma por Antonio Solé, que les puso a los héroes del Dos de Mayo una especie de togas algo rimbombantes. En la postal se ve todavía instalado en La Moncloa, con el Parisiana al fondo. Ambos capitanes eran algo mundanos, por lo cual no les hubiera desagradado darse una vuelta por tan elegante local.

Su nueva localización, en la plaza del Dos de Mayo y frente al arco del parque de Monteleón, que defendieron con tanto arrojo, les tiene mucho más cerca del pueblo de Madrid. Ellos eran unos madrileños de lo más típico, ya que ninguno de los dos había nacido aquí: Daoiz era sevillano y Velarde era montañés. Son dos héroes populares y simpáticos.

25



26



27



Con el patrocinio de:
Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

A los toros

Casi tan importante como asistir a la corrida es el traslado hasta la plaza y el café previo, que en los años de 1890, cuando hicieron esta foto, podía tomarse en Fornos, por ejemplo.

Los carruajes esperaban desde muy temprano en Neptuno y el paseo de Trajineros, según cuenta don Antonio Velasco Zazo, cronista de la Villa. Omnibus, ripperts, diligencias, jardineras, góndolas y demás vehículos «a la calesera» subían más tarde hacia Peligros y Puerta del Sol, donde pregonaban sus plazas, dispuestos a llevar a cualquiera por el módico precio de dos reales. La diligencia y el riper (o rippert) que se ven en la postal, pasando por delante del palacio de Linares, se dirigen hacia la carretera de Aragón, pues la antigua plaza de Alcalá ya había sido derribada.

Plaza de la carretera de Aragón

Hasta once plazas de toros enumera don José María de Cossío en la Villa de Madrid, sin contar las plazas públicas que sirvieron desde muy antiguo para alancear reses bravas. La primera de ellas se hizo en las proximidades del Buen Retiro a mandado de Felipe IV.

La que se ve en la postal estaba en el lugar que ahora ocupa el Palacio de Deportes, y era un excelente coso, con capacidad para 13.011 espectadores, que se inauguró el 4 de septiembre de 1874. Fue una corrida de diez toros, que los lidiaron, entre otros, Bocanegra, Lagartijo y Frascuelo. Es obra de Emilio Rodríguez Ayuso y Lorenzo Álvarez Capra, en estilo neomudéjar, con estructura de bóvedas hecha en hierro y piedra de sillería.

Plaza Monumental de las Ventas

Un bellissimo cartel de Roberto Domingo, orlado por la bandera republicana, anunció la primera corrida celebrada en esta plaza, que fue el 17 de junio de 1931, a beneficio del paro obrero. Mató el primer toro, llamado «Hortelano», el diestro Diego Mazquirián, «Fortuna», aquel que estoqueara uno escapado en plena Gran Vía. También figuraban en cartel Nicanor Villalta y Marcial Lalanda, con otros. Contaba don Marcial que hubo tal atasco de coches, que algunos toreros llegaron tarde. Don José Espeliú fue el arquitecto y esforzado promotor de la iniciativa, viejo sueño de Gallito. Las obras costaron siete millones quinientas mil pesetas, con las que se costeó la obra mozárabe, con un ruedo de sesenta metros de diámetro y capacidad para más de veintidós mil espectadores.

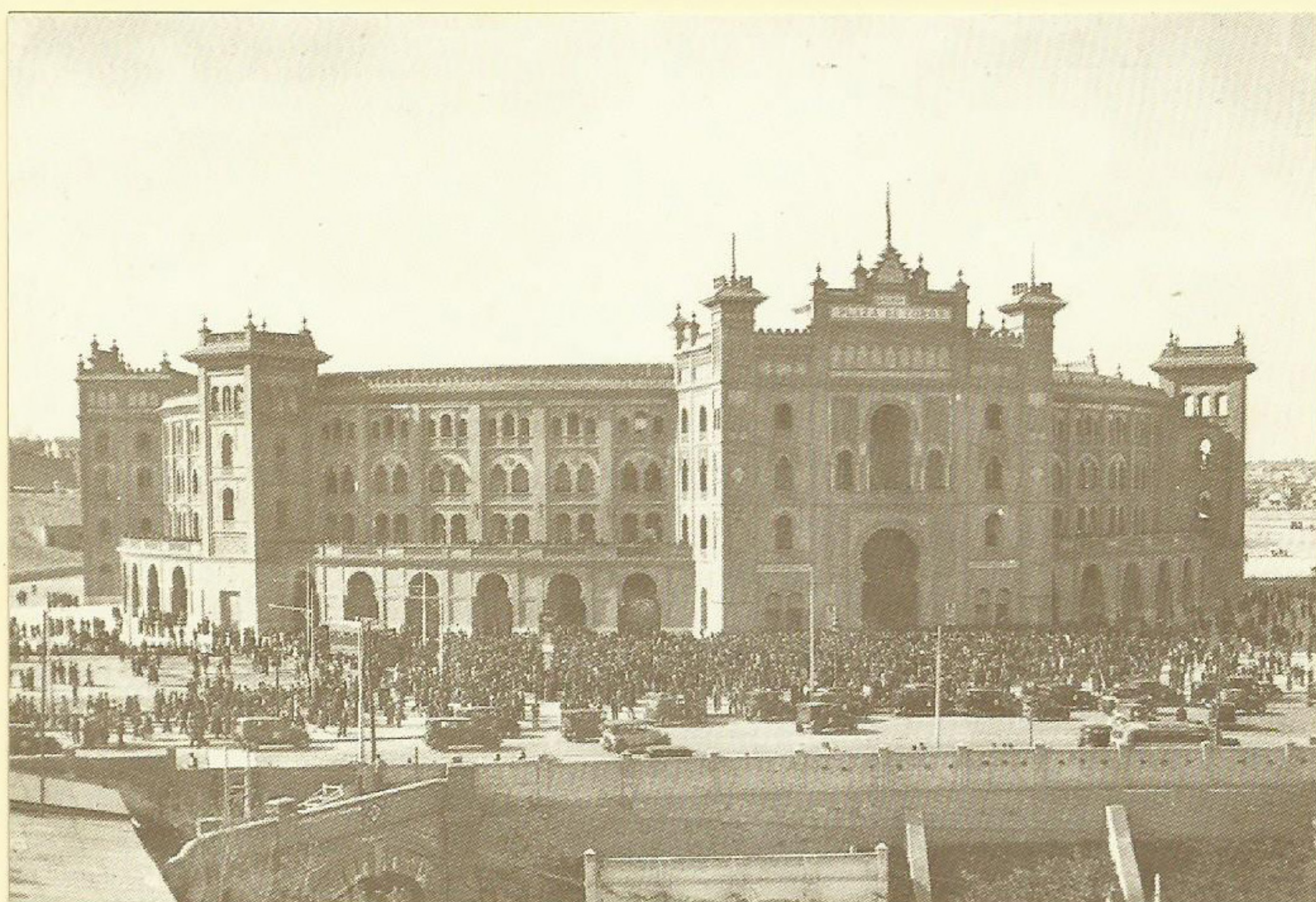
28



29



30



Con el patrocinio de:
Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Estación de Atocha

El día 9 de septiembre de 1851 la reina Isabel II tomaba el tren en la primitiva estación de Mediodía, inaugurando de esta manera el Camino de hierro de Madrid a Aranjuez, que dice don Pedro Felipe Monlau. La estación, posteriormente, mudó su edificio por el que aparece en la postal, construido en 1889 por el arquitecto Alberto del Palacio y el ingeniero Saint-James. Se trata de una ingeniosa fábrica de arcos triarticulados, que soportan 7.438 metros cuadrados sin apoyos. Fue propiedad de la compañía Madrid-Zaragoza-Alicante, según todavía pudo leerse durante muchos años en su frontal, y los terrenos donde se hizo pertenecían a la huerta del conde de Bornos. En los días actuales asistimos al final de una magna obra en la vieja estación.

Estación de Atocha

En los tiempos gloriosos de la carbonilla en el ojo y la merienda compartida en el tren, aún vendían almohadas por los andenes, y los mozos de equipaje eran gallegos casi todos, para deleite de los escritores costumbristas.

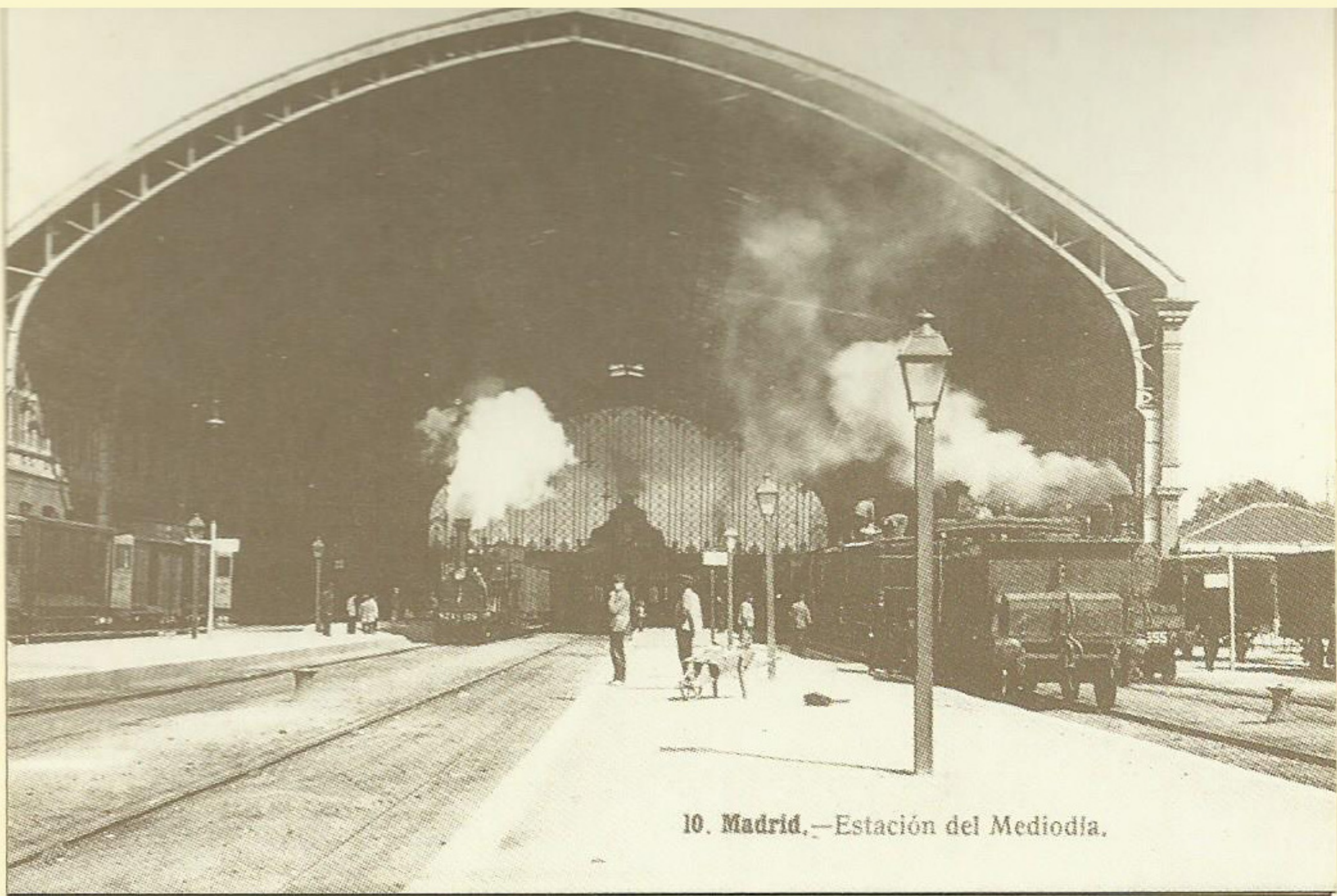
La estación de Atocha, vista desde la salida en esta postal, es la estación decana de Madrid, y por eso, según recuerda Pedro de Répide, fue testigo excepcional de muchos acontecimientos importantes: embarques de tropas a la guerra de Africa, y también hacia los puertos que miraban a Cuba; la llegada a España de Amadeo de Saboya, el último viaje de Alfonso XII a Aranjuez, la huelga de 1912... Trenes de negras máquinas humeantes tardaban una hora en llegar a Aranjuez. Ahora tardan cincuenta minutos.

Estación del Norte

Cuatro eran las estaciones clásicas de Madrid: la de Atocha, la de Delicias, la de Goya y la del Norte. Fue en 1841 cuando la Diputación de Vizcaya y el Ayuntamiento de Bilbao solicitaron autorización para establecer el ferrocarril Madrid-Irún. En 1861 se inauguraba la línea, incluida la estación, que, además, fue la de partida para los elegantes veraneos en las playas del norte. La gente, según cuenta Francisco Azorín, alquilaba por cuatro pesetas un ómnibus de Oliva, amarillo y tirado por fuertes mulas, y se marchaba a tomar el tren con toda la familia.

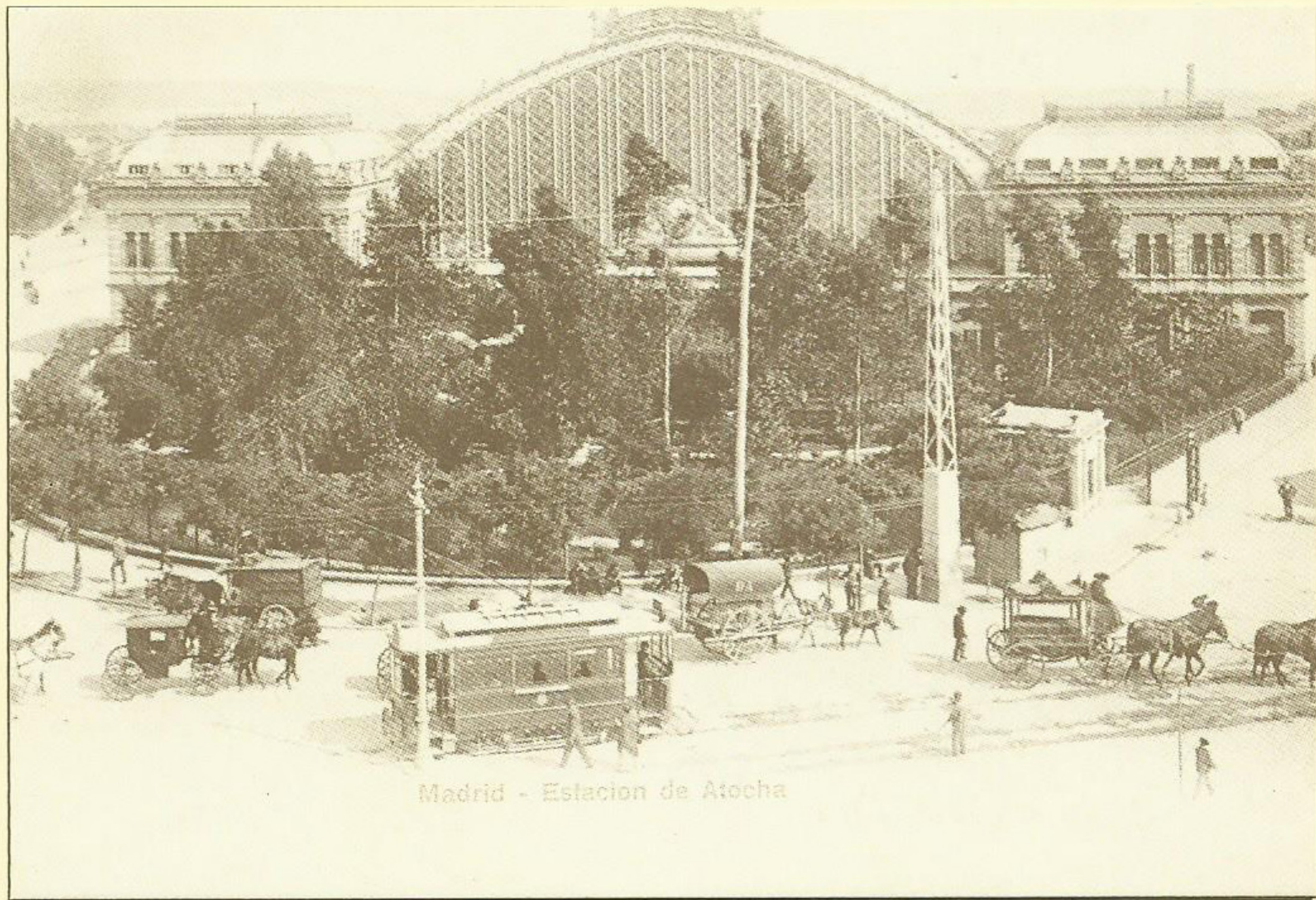
El edificio fue ampliado en 1882 y en 1928, y las cubiertas de andén, diseñadas por Ouliac y Grasset, miden 155 metros de largo por 21 de fondo. Hoy ha quedado sin servicio.

31



10. Madrid.—Estación del Mediodía.

32



Madrid - Estacion de Atocha

33



MADRID - ESTACIÓN DEL NORTE

Con el patrocinio de:
Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Obras de la Gran Vía (1912)

El pueblo de Madrid, y el pueblo español en general, tiene por sana costumbre tomarse a befa todos los grandes proyectos de sus gobernantes. Véase si no cómo en 1886 se estrenaba en el Teatro Felipe «La Gran Vía», de Chueca y Valverde, con libreto de Pérez y González de Sevilla. Coincidió el estreno con la presentación del proyecto del señor Velasco, que fue completado por Salaberry y Palacio en 1898 y se aprobó en 1901. Hasta el año 1909 no se adjudicaron las obras, y sólo en 1910 se subió don Alfonso XIII a un andamio para dar unos simbólicos golpecitos de piqueta de plata en uno de los edificios al derribo. Discursos, bandas de música y toda clase de pompa no serían capaces de hacer olvidar el número de «Los ratas», la habanera de «Menegilda» y el vals de «Caballero de Gracia».

Gran Vía-Conde de Peñalver

Y aquí está la Gran Vía bastantes años más tarde, con revoltillo de automóviles veteranos y coche simón. Es el tramo comprendido entre Alcalá y la Red de San Luis, al que se llamó «Conde de Peñalver» en homenaje al prócer que más peleó por la idea. El trozo siguiente, hasta Callao, era entonces «Pi y Margall», y el último se llamaba «Eduardo Dato».

En esta parte de la Gran Vía estaba el edificio de la Gran Peña, el famoso bar y museo de bebidas de Perico Chicote y el proverbial Abra, secreto refugio, en su última etapa, para muchos visitantes descarriados. Coincide en su trazado con la antigua calle de San Miguel.

Gran Vía-Avenida de José Antonio

Cuando tomaron esta foto, por los años cuarenta, la Gran Vía se llamaba avenida de José Antonio. Cosas de la guerra y manía de no llamar a las cosas por su nombre; errores afortunadamente corregidos en este momento. Esta es la Gran Vía de Lola espejo oscuro y del guardia de la porra, que aparece en primer término con su horripilante casco en la cabeza y guerrera de verano. Al fondo, a la derecha, se puede ver el edificio de la Telefónica, que durante tantos años fuera el más alto de Madrid. Luego vino el edificio España, luego la Torre de Madrid y luego la intemerata, y la Telefónica se nos quedó en nada. En esta época, la Gran Vía estaba ya llena de cines donde se podía asistir a la proyección de «Alba de América» o «La mies es mucha».

34



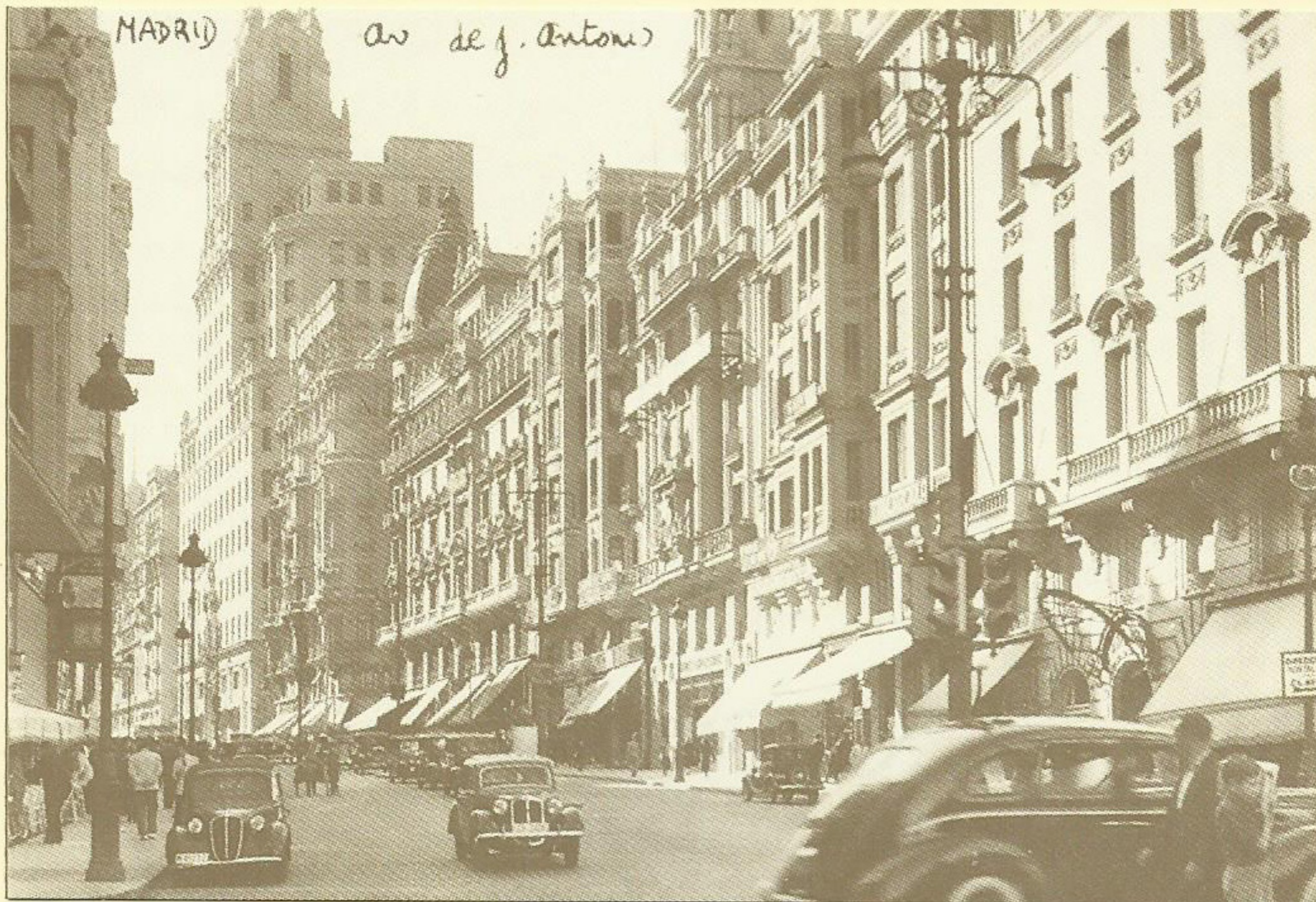
35

MADRID, AVENIDA DEL CONDE PEÑALVER. (GRAN VÍA).



36

MADRID Av. de J. Antonio



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Alcalá-Ventas del Espíritu Santo

Aquí terminaba la calle de Alcalá en el primer lustro del siglo, cuando hicieron esta foto (ésta sí que podemos fecharla, para satisfacción de nuestros lectores, entre 1901 y 1905). Era un barrio extremo e inhóspito, algunas de cuyas casas hubo que derruir para hacer la plaza de toros, que en sus primeros momentos era inaccesible a causa de los grandes montones de tierra desplazados en el desmonte. Medía la calle de Alcalá, por aquel entonces, 3.437 metros, y a partir de las Ventas era ya puro y simple extrarradio. Tranvía sí que pasaba por allí, como se puede comprobar por las vías por las que transita el patético personaje de la boina.

En este lugar hubo un atentado contra Fernando VII que no prosperó, y los señores Richard y Gutiérrez fueron ajusticiados por intentarlo.

Calle de Alcalá

La calle de Alcalá se llamó, al principio, «de los Olivares», y era un lugar peligroso, tanto que Isabel la Católica hubo de mandar talar los árboles para evitar que los malhechores se escondieran por allí para vaciarle la bolsa a las gentes de bien, tarea que hoy realizan con mucha más decencia los numerosos bancos que ocupan sus aceras. La primera arrojada aristócrata que se fue a vivir tan lejos fue doña Eufrosia de Pignatelli, quien mandó construir un palacio cerca de los caños de Alcalá, que darían su nombre a la calle. Sería muy difícil enumerar las personas ilustres que a partir de entonces han residido o pasado por esta calle. El sitio desde donde fue tomada la foto está muy próximo a la actual estatua del maestro Alonso, autor de «Las Leandras».

Calle de Alcalá

En esta postal, más moderna que la anterior, se ve una calle de Alcalá próxima al año 30, donde los simones han sido sustituidos por autos y el tranvía anda sin jardinera. En primer término está el solemne edificio del Banco Español del Río de la Plata, hoy propiedad del fusionado Central Hispanoamericano. Sabido es que la calle fue, primero, una calle de conventos; más tarde, de embajadores; luego pasó a estar repleta de cafés, y hoy tiene muchos bancos. De todas maneras, ésta es una de las pocas calles de Madrid que han merecido el respeto de propios y extraños, como se ve en frases como una del señor Inglis (1830): «Larga, de soberbia anchura y flanqueada por una espléndida fila de edificios sin par.» Esta frase se la copiamos de su libro a don Hugh Thomas.

37

166. Madrid.

LAS VENTAS DEL ESPÍRITU SANTO



38

3 MADRID: Calle de Alcalá



39



Con el patrocinio de:

Fortuna

Diario 16

Calle de Toledo (en 1905)

La calle de Toledo es calle galdosiana y también jesuítica. Es, sobre todo, una calle profundamente popular. La invasión del comercio moderno no ha impedido la persistencia de tiendas añejas en esta zona. Todavía se pueden comprar cacharros para la matanza y sillas de anea, artículos que demandaban los viajeros que, procedentes de los pueblos, solían alojarse en las posadas de la Cruz, de Medina, de la Ursula... La calle de Toledo llegaba, hasta principios de siglo, sólo a la Puerta de Toledo; en 1902 se mudó el nombre al paseo de los Ocho Hilos y se prolongó la calle hasta la glorieta de las Pirámides, junto al Manzanares. La fotografía está tomada, más o menos, desde la antigua plazuela de la Berenjena, así que no llega a entrar en ella la próxima catedral de San Isidro.

Calle de la Princesa

La calle se llamó anteriormente «Duque de Liria» por estar situado en su comienzo el fastuoso palacio de estos duques, del que dicen que fue envidia de la realeza. Proseguía en el paseo de San Bernardino. Cuando en 1851 nació doña María Isabel Francisca de Asís, hija de la reina Isabel II y de don Francisquito de Asís, llamada «La Chata», cambiaron el nombre de la calle, en homenaje a la efímera princesa de Asturias, y le pusieron calle de la Princesa (también hubiera quedado gracioso «de la Chata», pero no se les debió de ocurrir). Aquí estaba, tras salir de la Puerta del Sol, el Buen Suceso, posteriormente derribado en 1957. También estaban el Seminario de Nobles y la Casa del Duende, poblada de serviciales y mágicos enanitos.

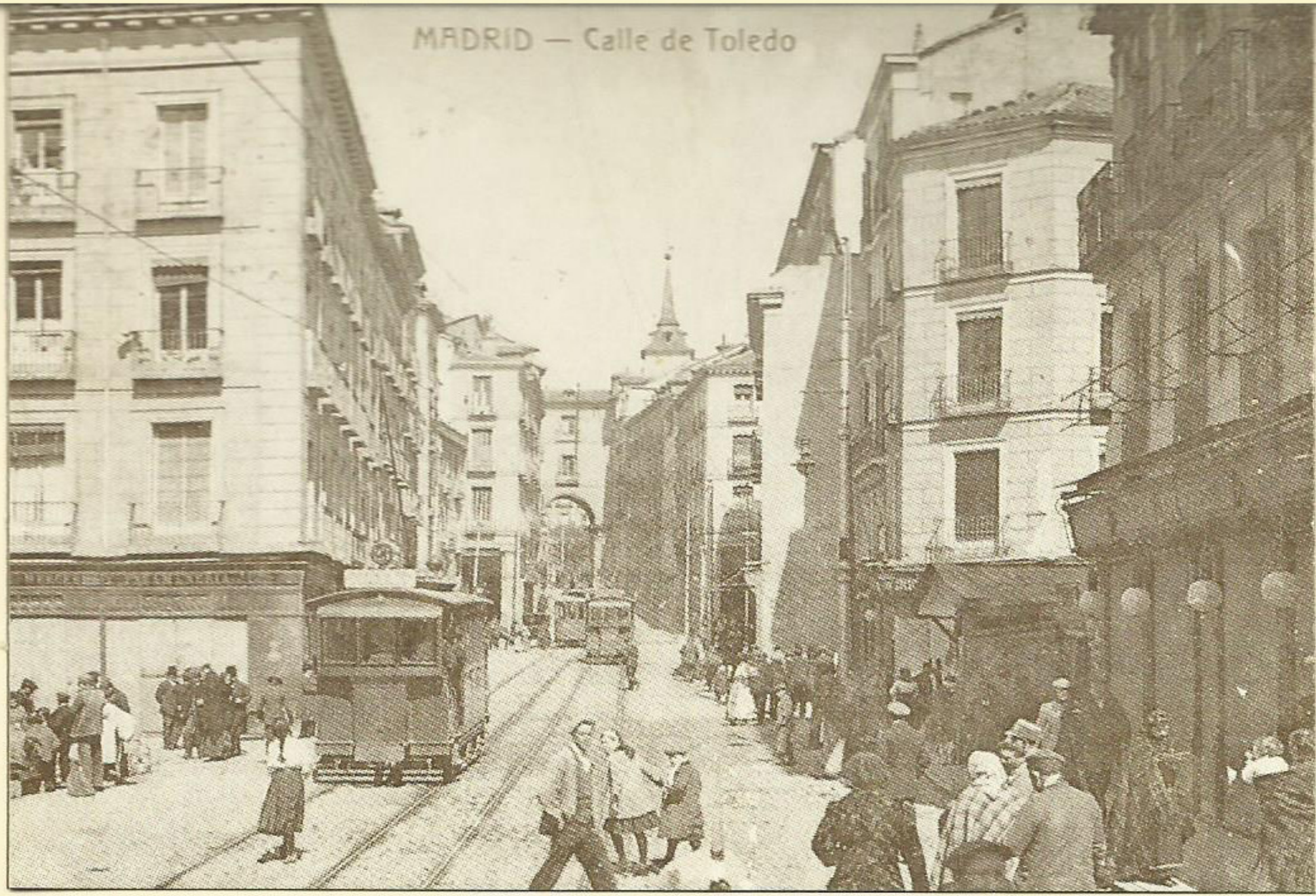
Calle de Ferraz

Es una calle relativamente moderna, hecha en 1855, cuando derribaron las tapias de la Montaña del Príncipe Pío. De ella dice Répide, con un optimismo enorme, que «tiene su límite infranqueable ante el bosque del parque del Oeste». Es lugar de fuerte vocación política, pues en ella se fundó el anarcosindicalismo español, con ayuda de Giuseppe Fanelli, en 1868, y ahora está la sede central del PSOE. También fue una calle mártir durante la guerra civil, que la castigó con gran dureza.

En la postal se puede apreciar la mole cuadrada del desaparecido cuartel de la Montaña, en cuyo lugar tenemos hoy el exótico templo de Debod. Aún antes estuvo el cuartel de San Gil, derribado para poder hacer la plaza de España.

40

MADRID — Calle de Toledo



41

46 MADRID.—Calle de la Princesa.



42

—37 Madrid.— Calle de Ferraz.



Con el patrocinio de:

Fortuna

Diario 16

Calle de Velázquez

El ensanche de Madrid, al que pertenece la calle de Velázquez y todo el barrio de Salamanca, ya se le había ocurrido a Jovellanos en 1787. Madrid era una ciudad hacinada, donde sólo le correspondían a cada habitante 28,6 metros cuadrados por persona, así que en 1857, Claudio Moyano firmó el decreto que ordenaba planificar la expansión de la Villa, trabajo que se encargó a Carlos María de Castro. En el tramo que se ve en la postal, donde todavía aparece la estatua de Goya mudada al Prado, hubo hasta finales del XIX un parque de atracciones, Los Campos Elíseos, y los elegantes Baños Arabes, un balneario de postín. Aquí ya se ve que no están, pues la foto está tomada a principios del presente siglo. En la calle de Velázquez vivió el célebre sultán Muley Hafid.

Carrera de San Jerónimo

La foto se ve que está tomada en la acera donde estuvo La Fontana de Oro, el café galdosiano donde disputaban de política exaltados, anarquistas, tragalistas o zurriaguistas; moderados, anilleros o pasteleros, y absolutistas o serviles. En esa misma parte queda Lhardi, local del que decía Azorín: «No podemos imaginar Madrid sin Lhardi.» La verdad es que la mayoría de los madrileños, por desgracia, sí que puede.

La Carrera de San Jerónimo era antiguamente un camino que unía Madrid con el monasterio de los Jerónimos, y hoy, como ayer, es lugar bullicioso y de bella apariencia. Por aquí tuvieron sus tertulias Benavente y Rubén Darío (cada cual por su lado); en Casa Utrilla se vistieron los elegantes del pasado siglo.

Calle de la Lealtad

La calle de la Lealtad, hoy de Antonio Maura, cambió de nombre en honor al insigne tribuno conservador que vivió en esta calle, aunque se murió en Torrelodones en 1925. Fue presidente del Gobierno cuando la Semana Trágica, y también presidió la Real Academia Española de la Lengua. Los «mártires de la lealtad / fuisteis de la Patria orgullo, etcétera», se quedaron sólo con la plaza del mismo nombre, donde está el obelisco. Dicen que en esta calle tuvo un palacio la marquesa de Santoña, con las barandillas de los balcones sobredoradas. La señora marquesa no reparaba en gastos. La verdad es que ella y Maura supieron elegir una de las zonas más bonitas de Madrid, con el Retiro en una punta de la calle y el Salón del Prado en la otra.

43

114. MADRID. — Estatua de Goya y calle de Velázquez.



44

180. Madrid. Carrera de San Jerónimo.



45

92. Madrid. — CALLE DE LA LEALTAD



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Estatua de Claudio Moyano

Don Claudio Moyano y Samaniego, autor de la ley de Instrucción Pública que lleva su nombre, fue catedrático y rector de la Universidad de Valladolid, diputado en 1844 y ferviente liberal, aunque luego se fue haciendo más conservador y acabó siendo ministro de Fomento con Narváez. La hermosa estatua que le hizo el escultor Querol (1900) está en la parte baja de la cuesta que lleva su nombre, junto al Ministerio de Agricultura, donde la hizo reponer don Enrique Tierno Galván, rescatándola de una de esas excursiones a las que son tan aficionadas las estatuas de Madrid. Casi más bonitas que la propia figura del prócer son las tres placas de bronce que adornan el pedestal.

Los arrapiezos de la postal probablemente no sabían que aquel señor era quien les había salvado de la incuria.

Estatua de Goya

Si algún artista amó a Madrid con verdadero apasionamiento, ése era don Francisco de Goya y Lucientes, natural de Fuendetodos y muerto fuera de España, como tantos españoles de bien.

La estatua, obra de Benlliure, es de una gran robustez y expresividad, y fue pensada para coronar una fuente en San Antonio de la Florida que nunca llegó a hacerse. La erigieron junto a la Casa de Fieras para celebrar la mayoría de edad de Alfonso XIII (no se sabe qué tendría que ver lo uno con lo otro); luego pasó a estar esquina Goya-Velázquez hasta 1945, que fue a parar a los jardines del Museo del Prado, sobre un blanco pedestal, donde descansa una maja desnuda algo descompensada, y se explica que el monumento lo encargó don Alberto Aguilera.

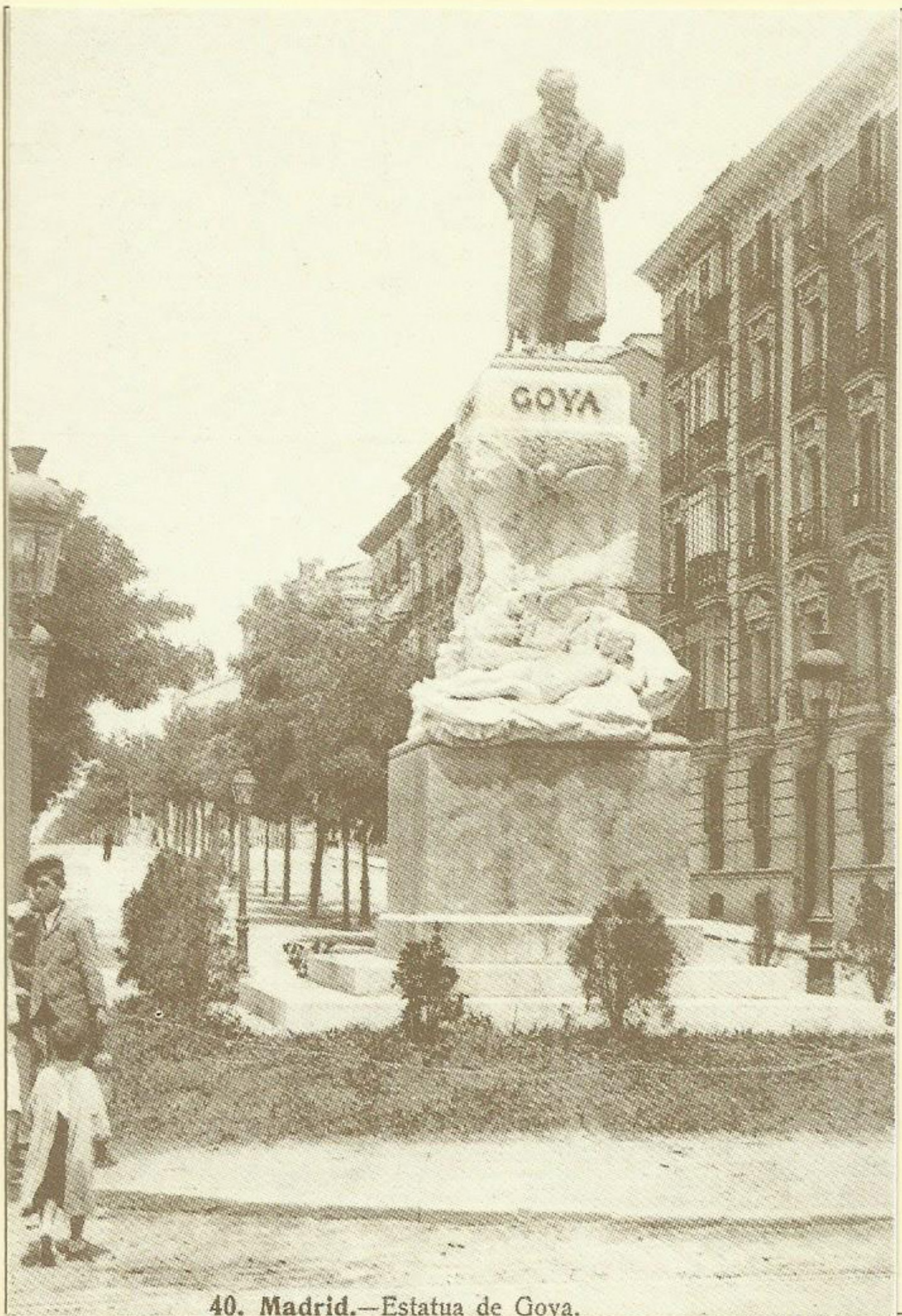
Estatua de Quevedo

En la glorieta de Quevedo estuvo mucho tiempo un monumento a los héroes del Dos de Mayo, en tanto que la estatua de don Francisco andaba por Alonso Martínez. Todo un alarde de coherencia municipal. Ahora ha ido a parar a su propia glorieta, aunque el jardín está algo descuidado y la placita donde el autor de «El Buscón» ocupa modestamente un lateral deja bastante que desear. El monumento, como el de Moyano, es obra de Querol, y se alza sobre un pedestal de aire modernista, donde figuras bastante airosas recuerdan la obra de este genial, profundo y pintoresco poeta que escribió los más desgarrados versos de amor, los tratados más graves y sagaces y las sátiras más duras y crueles de la literatura española.



138. Madrid.

Estatua de Moyano.



40. Madrid.—Estatua de Goya.



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Puerta de Toledo

Tiene la Puerta de Toledo la desgracia de relacionarse con dos de los reyes peor vistos por los españoles: José Bonaparte, llamado «Pepe Botella», y Fernando VII, a quien pusieron «El Deseado» antes de conocerlo; luego le llamaron cosas mucho menos agradables. Mando el primero iniciar las obras y fue el segundo quien tuvo la puerta como arco del triunfo para su retorno. Es obra de Antonio López Aguado, uno de los discípulos de Juan de Villanueva. Según algunos se trata de un gran exponente del neoclasicismo romántico; según otros, sólo es «un elefante de piedra / cebado con adoquines». Sabido es que anteriores «puertas de Toledo» hubo cabe al hospital de La Latina y algo más abajo en tiempos de Felipe II. Por la parte exterior había ejecuciones públicas y encierros de reses bravas.

Puerta de Hierro

Nació la Puerta de Hierro con vocación aristocrática y exclusiva, y no ha perdido nunca esa idea. Su majestad Fernando VI quería tener el Real Sitio del Pardo completamente cerrado y libre de intrusos, de manera que mandó cercarlo y poner en la verja una puerta, que es la misma que vemos en la postal. Se trata de un proyecto de don Francisco Nagle, ejecutado en granito y piedra de Colmenar de Oreja, cuya parte de hierro hizo Francisco Barranco.

Lo del Club de Campo, los chalets millonarios, Perón y todo lo demás vino mucho más tarde. La postal es de 1910. Por estas fechas, los cambios en la carretera de La Coruña han dejado a la Puerta de Hierro como de costadillo y venida a menos.

Puerta de San Vicente (en 1874)

Doña Isabel Gea Ortigas, gracias a cuya laboriosidad y exactitud sabemos muchas cosas del Madrid desaparecido, cuenta que la desaparecida Puerta de San Vicente la hizo Sabatini en 1775 y la derribaron en 1890. Estaba al inicio de la cuesta de San Vicente, junto al Campo del Moro, y fue muy criticada su situación a causa de lo fatigoso que era para viajeros y acémilas entrar en Madrid por semejante pendiente. Cerca de ella estuvo el edificio famoso de las Caballerizas Reales, donde cabían hasta quinientos caballos. Se ve que al general de Ingenieros señor Sabatini le gustaba esta zona y se hizo su propia casa por allí. Antes de hacerse la puerta había en el mismo lugar un portillo que llevaba una imagen de San Vicente Ferrer encima del arco.

MADRID
PUERTA DE TOLEDO

AYUNTAMIENTO DE MADRID



1.º 20. MADRID
PUERTA DE HIERRO



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

El Viaducto, desde Las Vistillas

Asomarse al mirador de Las Vistillas era y sigue siendo un lujo para la vista. Aunque don Pedro de Répide no era nada partidario del «húmedo césped», está bien que hoy sustituya a esta desolación de la postal. Paisajes urbanos así eran los que hacían escribir a Baroja: «La Corte es ciudad de contrastes; presenta luz fuerte al lado de sombra oscura; vida refinada, casi europea, en el centro; vida africana, de aduar, en los suburbios...» Desde la parte más baja de la actual plaza de Gabriel Miró se podía ver, entre otras cosas, el armatoste metálico que fue el viejo Viaducto, construido en 1874 y sustituido en 1942 por el nuevo, bastante más presentable. A Las Vistillas venía la gente a ver si se les aparecían los santos y también a contemplar el paso del cometa gafe llamado Haley.

El Viaducto

La magna obra se inauguró en 1874 y sobre ella pasó la comitiva en el traslado de los restos de Calderón de la Barca, triste presagio de la fúnebre tradición que acompañaría siempre al Viaducto, lugar predilecto de los suicidas locales. Precisamente, las altas verjas metálicas fueron instaladas para dificultar el salto de 23 metros (hoy 25), en principio mortal de necesidad. Menos mal que el humor negro ibérico ha puesto más el acento en anécdotas grotescas, como aquella de la primera intentona, cuando el faldumento emballenado de la candidata hizo de paracaídas y el morrón sólo le deparó algunos chichones y magulladuras. Para hacer el Viaducto hubo que derribar la iglesia de Santa María y el palacio de Malpica. El del Infantado fue partido por la mitad.

Viaducto. Calle de Segovia

Discurría esta calle de mesones y viajeros entre las patas del Viaducto, exactamente igual que hoy, aunque los nuevos arcos resultan más airosos. Antes fue un arroyo, llamado de Pozacho, donde vertían las fuentes de Puerta Cerrada. Los mesones tenían nombres sugestivos, como De la Cruz, De los Gallegos y Del Maragato. En el mesón De la Cruz «se guisaba de comer con equidad». Por la antigua Puerta de Segovia entró una madrugada cierto pastor con su rebaño y se encontró heredero de la casa del Arcipreste. Larra nació en esta calle, porque su abuelo era el administrador de la Casa de la Moneda, que antes estaba aquí, igual que el desaparecido hospital de San Lázaro. Hoy está el Rincón del Arte Nuevo, con otros lugares de honesto esparcimiento.

52

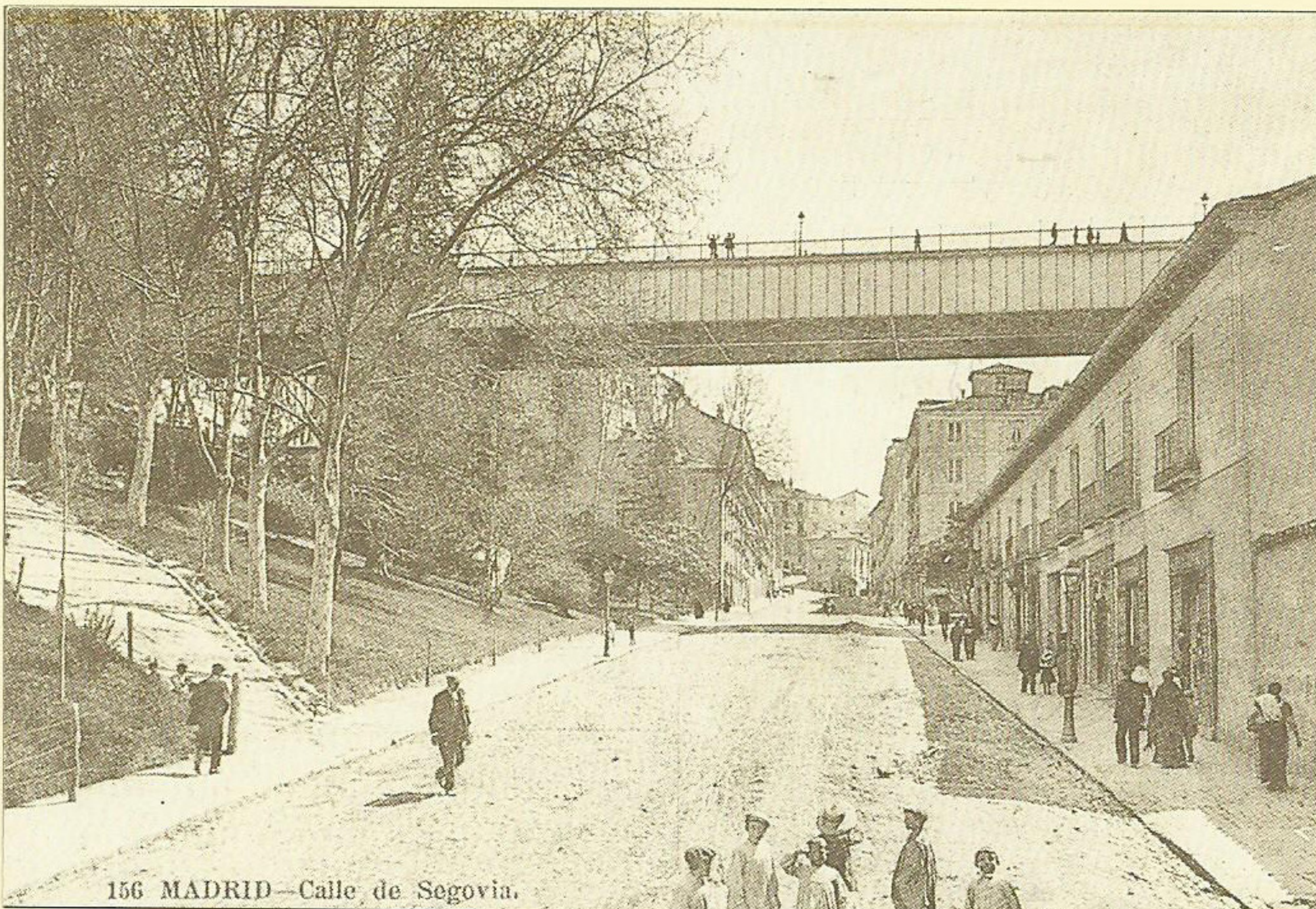
227 Madrid.—El Viaducto, desde las Vistillas.



53



54



156 MADRID—Calle de Segovia.

Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Salón del Prado

Aquí da comienzo un largo nervio de Madrid, que sigue el cauce del antiguo arroyo Abroñigal Bajo y termina con la Castellana. Sus terrenos se citan como «vedados» en el Fuero de Madrid de 1202 y después fue lugar de esparcimiento para Felipe II. El gusto borbónico por las cosas pulcras y ordenadas convirtió el agreste lugar en un paseo bien urbanizado, mediante un proyecto de José de Herosilla, que lo dividía en tres partes; soterraba el arroyo hasta un colector y lo poblaba de fuentes y parterres. Ese mismo ordenancismo hizo proliferar diversos reglamentos sobre su uso: no se podía entrar con capa, se expulsaba a limeras y ramilleteras, se prohibía el uso de guardainfante, y la que no hiciera caso se quedaba en pernetas. El «salón» propiamente dicho era sólo de Neptuno a Cibeles.

Paseo de Recoletos

De más moderna tradición es el decimonónico paseo de Recoletos o Prado Nuevo, que se llamó un tiempo paseo de la Copacabana, y más recientemente de Calvo Sotelo, hasta que el sentido común lo retornó a su nombre verdadero. Aquí hubo un convento famoso de Agustinos, donde se despachaba un vino extraordinario, y también estuvo la alhóndiga, para almacenar trigo en previsión de malos tiempos. Durante el día, el lugar era frecuentado por gente normal, como la que sale en la foto; pero con el crepúsculo se poblaba de escritores ahitos de café con leche y esperanzas fallidas. En Recoletos está el café Gijón, y casi frente por frente está la Biblioteca Nacional, donde hay que ir a registrar lo que se escribe. Una vez al año ponen la feria del libro antiguo, cada vez más caro y escaso.

Paseo de la Castellana

En la parte comprendida entre el final de la ciudad y los arrabales de Cuatro Caminos y Tetuán hubo una zona de huertas, que se regaron gracias al Canal de Isabel II. Mucha gente de posibles tenía por aquí propiedades, como quien dice, campestres. La tendencia de Madrid a crecer hacia el norte, el cauce del famoso arroyo y dos Planes Generales consecutivos (1929 y 1941) dieron lugar al surgimiento de esta espaciosa avenida. El problema mayor que se encontró fue el desmonte de los altos del hipódromo, por donde hoy están los Nuevos Ministerios. Sabido es que durante años la Castellana se llamó oficialmente avenida del Generalísimo, pero todo el mundo decía la Castellana. El avisado lector observará en la postal algunas diferencias en tráfico y personal respecto al momento presente.

55



MADRID
SALÓN DEL PRADO

56



MADRID: PASEO DE RECOLETOS

57



MADRID.
PASEO DE LA CASTELLANA.

Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

San Bernardo. Universidad

En el siglo XVII se alzaba en su lugar un noviciado de los jesuitas, que en 1650 agregó una iglesia adosada al edificio. La desamortización, que hizo en 1835 el ministro Mendizábal, afectó a esta institución y en 1842 construyeron la Universidad Central, quedando la antigua iglesia convertida en paraninfo. Ahí estuvo el polvoriento templo de la sapiencia hasta que se construyó la Ciudad Universitaria, momento en que pasó a una existencia más prosaica y administrativa, partidos al extrarradio los estudiantes tronados, que alimentaban a los libreritos de lance, vivían en pensiones familiares y corrían modestas juergas por la calle de Echegaray. Hoy, al edificio le han lavado la cara para que contenga dignamente a la Asamblea de la Comunidad, que tiene de realquilado al Consejo Escolar.

Ministerio de Gracia y Justicia

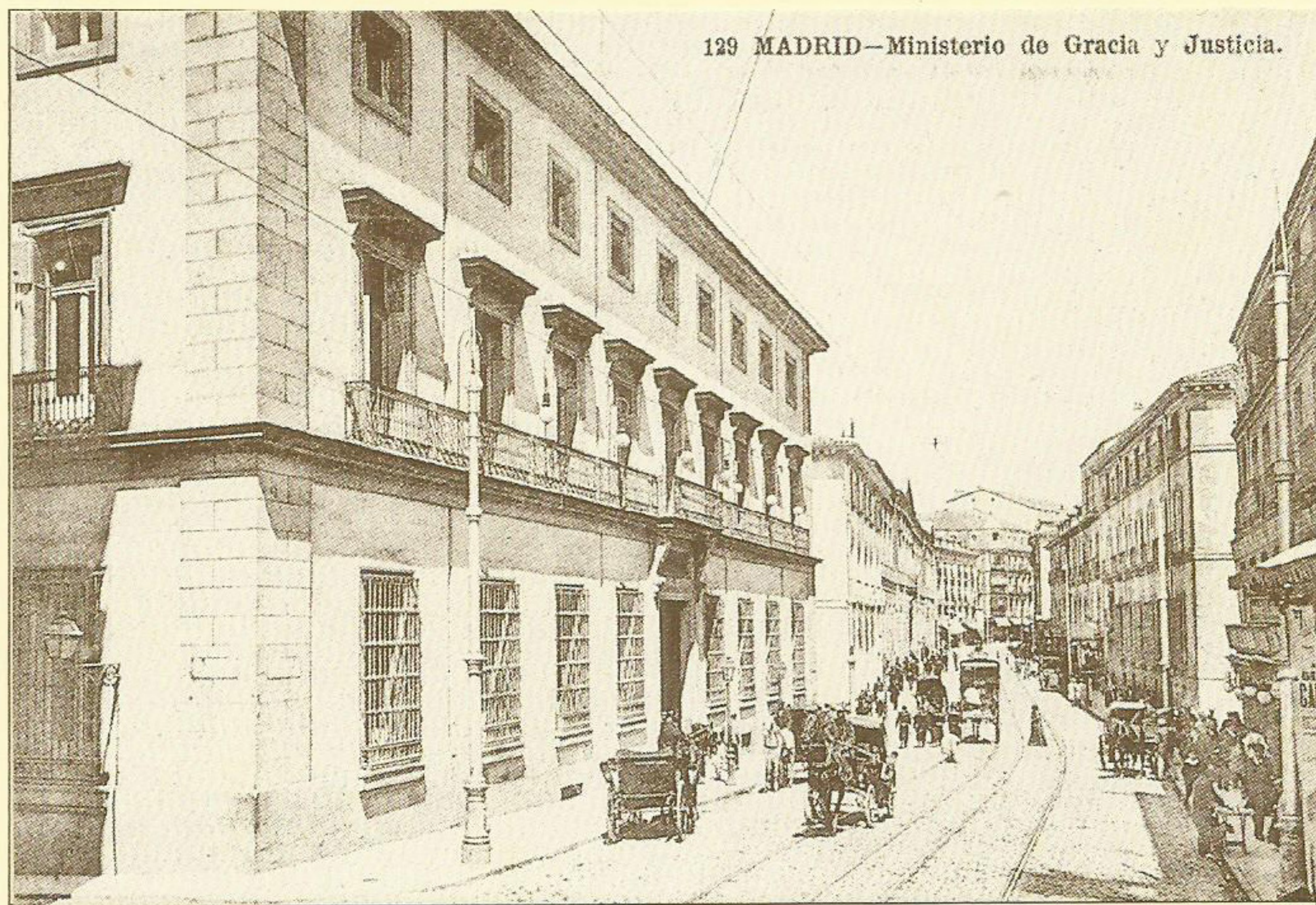
La calle Ancha de San Bernardo era ya muy importante en tiempos de los Austrias. Por una parte, porque resultaba «ancha», como su propio nombre indica, en aquel Madrid de callejones; por otra, porque estaba sembrada de palacios de gente noble, como los palacios de Barradas, del conde de Agreda, de Castromontes, de Parcent y el palacio de la marquesa de Génova, que en 1851 pasaría a ser Ministerio de Gracia y Justicia. Luego, por lo visto, se dieron cuenta de la poca gracia que tienen los pleitos y lo dejaron en «Justicia» a secas en 1931. En la postal se ve el edificio todavía sin las torres de las esquinas, que proceden de la restauración de Javier Barroso, llevada a cabo entre 1942 y 1947.

Iglesia de Montserrat

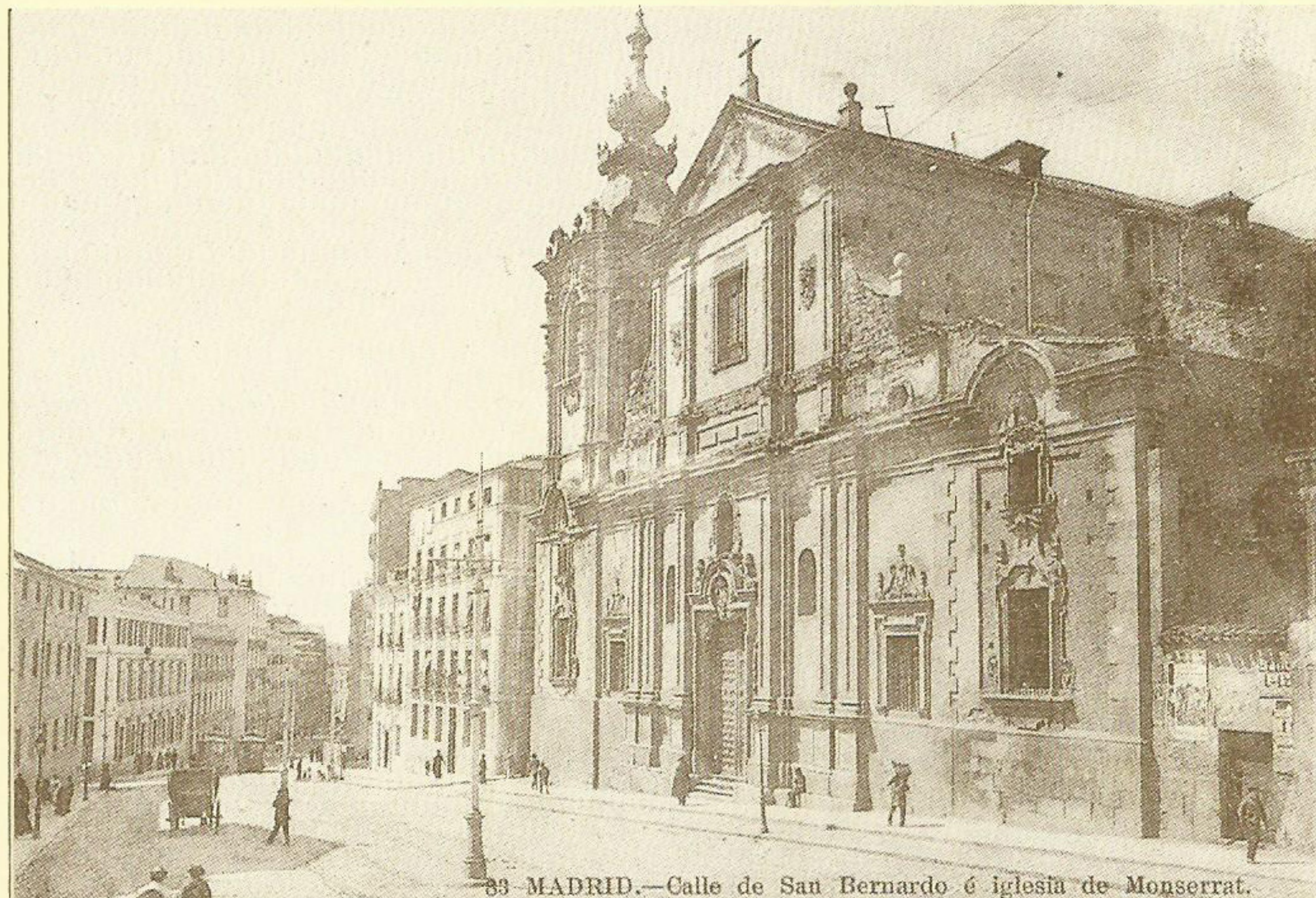
La iglesia de Montserrat la mandó hacer Felipe IV, para acoger a los benedictinos huidos de las revueltas catalanas. Las obras dieron comienzo en 1668, sobre un proyecto de Sebastián Herrera Barnuevo, que nunca ha llegado a ejecutarse en su integridad. En 1720, Pedro de Ribera añadió la torre ornada de bulbos, que la mientan como mejor pieza del rococó madrileño. Sabido es que el convento fue prisión de mujeres y en ella metió Galdós a su Isidora Rufete, «La Desheredada». Don Benito también hizo frecuentar el templo al desdichado Luisito Villaamil, que pasaba unos sustos terribles por culpa del siniestro Cristo de las melenas: «Montserrat encontrábalo frío y desnudo; los santos estaban mal trajeados...» En la postal se aprecia el frontal de las vecinas Salesas.



187 MADRID—La Universidad Central.



129 MADRID—Ministerio de Gracia y Justicia.



83 MADRID.—Calle de San Bernardo é iglesia de Monserrat.

Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Calle Barquillo

La calle real del Barquillo (que tal denominación mereció en otros tiempos) es un paradigma del casticismo madrileño, si es que lo del casticismo sabe alguien en qué consiste. El caso es que ocupa el corazón del Madrid de los «chisperos», esos tiznados forjadores que peleaban con los «manolos» en los sainetes de Don Ramón de la Cruz. Parece ser que el lugar, que hoy ocupan todas esas tiendas audiovisuales, era ocupado por las fraguas de los «chisperos», de donde les vino el nombre. Aquí estuvo la famosa casa de «tócame Roque», una tumultuosa corrala, y también el baile famoso del Circo de Paul, en coincidencia con los bailes, mucho más finos, que daba la duquesa de Alba en el palacio de Buenavista, que tenía su entrada por Barquillo.

Calle del Príncipe

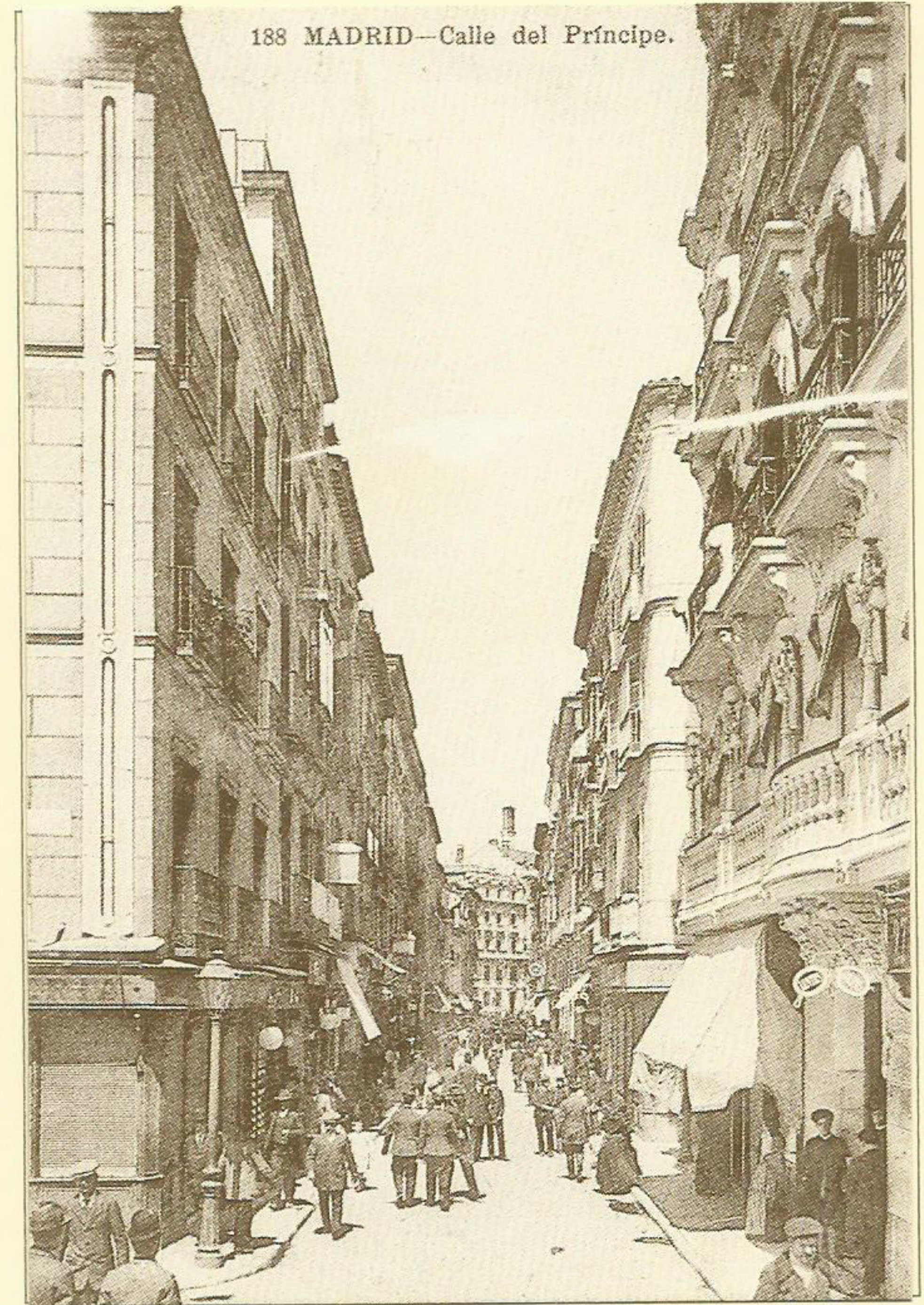
Era calle de la farándula por excelencia esta del Príncipe, y debe su nombre al príncipe que luego fue Felipe II, jurado rey en 1528. Otros asociaron su nombre a Muley Xequé, el «Príncipe Negro», que residió en ella; pero no es nada verosímil esta versión. La calle tiene una leyenda de fantasma enamorado: la de doña Prudencia Grilo, fundadora del primitivo convento de Santa Isabel. Pero, como dicho queda, es el teatro centro y vida de esta calle, donde estuvo el Corral de la Pacheca, luego el Teatro del Príncipe y, más tarde, el Teatro Español. Por aquí anduvieron Lope, Rojas, Moreto, Tirso de Molina..., Moratín y Bretón de los Herreros. Fue escenario de escándalos entre «chorizos» y «polacos». Cuando en Madrid no se dedicaban a demoler teatros, claro.

Calle Arenal

Esta calle del Arenal hace puente entre el Madrid popular de la Puerta del Sol y el Palacio Real y su teatro, así que vio pasar toda suerte de carrozas y libreas camino de sus funciones de gala. En la prehistoria árabe de Madrid era un barranco arenoso, donde malvivían los atribulados cristianos, por fuera de la muralla. Ellos hicieron la primitiva iglesia mozárabe de San Ginés, sustituida en 1872 por la nueva parroquia. En el siglo XVI se llenó de palacios de gente de la nobleza. Otros locales importantes había aquí, ya en tiempo de la postal, como el célebre Eslava, café primero, teatro después, muerto hoy. En el Eslava estrenaron, por ejemplar, «La corte de Faraón». Valle-Inclán, Romero de Torres y el extraordinario dibujante Penagos tuvieron tertulia en el café Nuevo de Levante.



140. Madrid. Calle del Barquillo.



188 MADRID—Calle del Príncipe.



191 MADRID.—Calle del Arenal.

Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Palacio Real. Plaza de la Armería

Después del incendio del Alcázar en Nochebuena de 1734, Felipe V le encargó al abate Felipe Jurara un proyecto para su nueva residencia. El abate lo hizo, pero se lo rechazaron, y el pobre abate se murió del disgusto. Luego se puso a ello Juan Bautista Sachetti, y a él le salieron mejor las cosas. El resultado es este bello edificio de granito y piedra de Colmenar, cuya fachada principal, con la plaza que la ennoblece, podemos admirar en la postal. Aquí se celebraban las paradas militares. La obra duró veintiséis años, siete meses y veintitrés días, de modo que en 1764 el rey pudo venirse ya a dormir en su nueva casa. Las estatuas de los antiguos monarcas españoles iban a coronar la obra, pero dicen que un sueño de Isabel Farnesio las desparramó por todo Madrid.

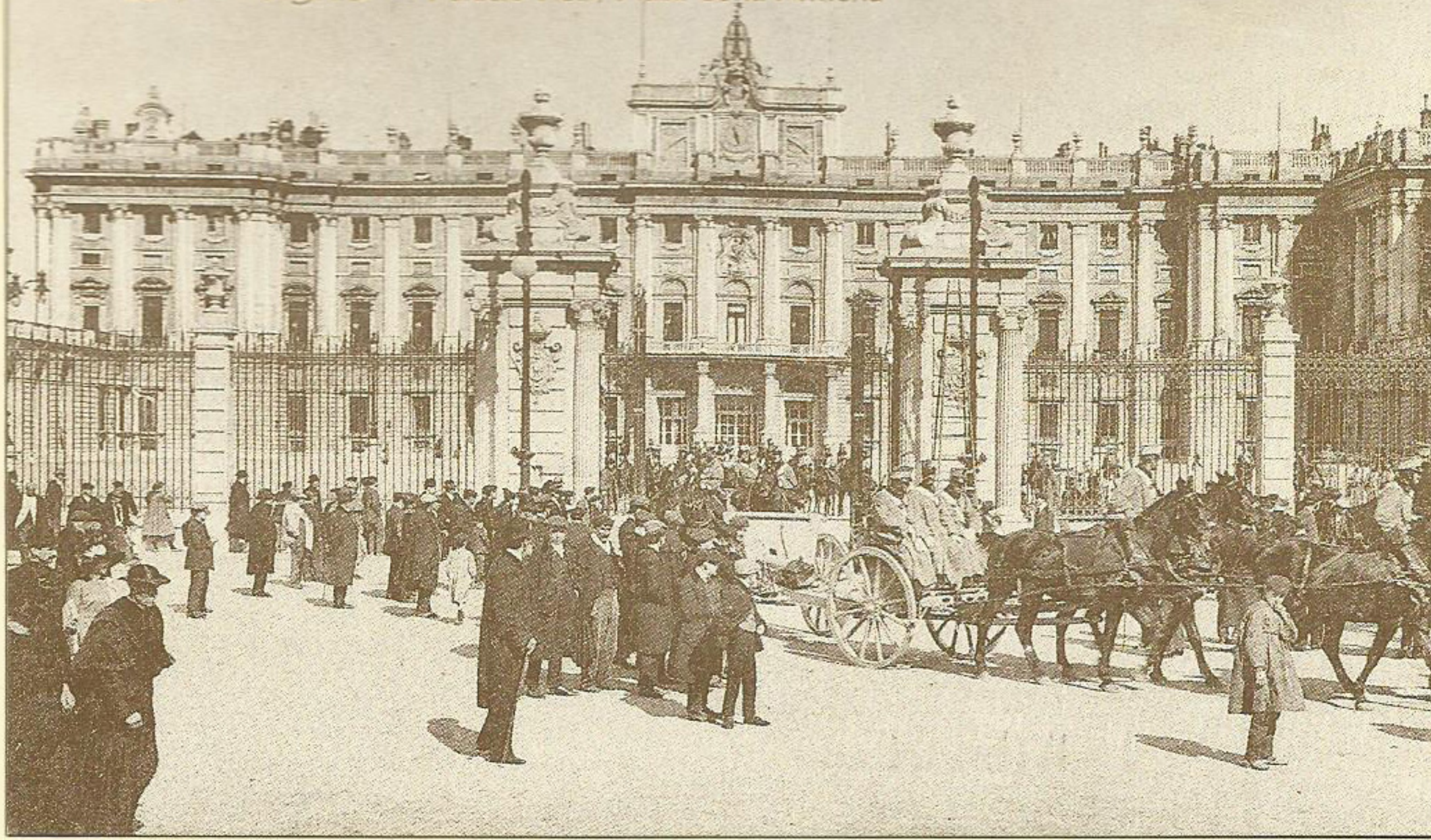
Palacio Real. Los alabarderos

Los alabarderos, con sus bizarros uniformes dieciochescos, son la guardia tradicional de los Reyes de España. También eran uno de los espectáculos gratuitos más apreciados por los ociosos del pueblo de Madrid, que gustaba de presenciar el relevo de la guardia, hecho a bombo y platillo todos los días. La alabarda es arma privativa de los sargentos, según rezan las Ordenanzas de S. M. Carlos III, motivo por el cual lógico parece que sea el arma que protege a los reyes, y también que sean precisamente los sargentos quienes den custodia a la bandera. En la fecha del 2 de mayo de 1808 la guardia era extranjera, y así se portó con el valeroso pueblo. Franco tuvo una guardia mora y, más tarde, una guardia de opereta. No está mal que hoy vuelva a haber alabarderos frente a Palacio.

Teatro Real

Este hermoso teatro lo planeó Antonio López Aguado en 1820. Su sino parece el de estar siempre en obras, cosa que ya se veía venir desde el principio. En 1820 se suspendieron por primera vez los trabajos, porque no había cuartos para seguir; luego hubo otra suspensión en 1823, que duró ocho años; la tercera fue en 1837... Por fin consiguieron inaugurarlo en 1850, y se cantó «La favorita», de Donizetti, con Marietta Alboni e Italo Gardoni en cabeza de reparto. El Teatro Real ha tenido muy diversas y variopintas ocupaciones: salón de baile, sala de sesiones del Congreso, cuartel de la Guardia Civil, almacén de pólvora, Escuela Nacional de Música y Declamación. Su sala es de bella presencia y excelente acústica, y está decorada con frescos de Eugenio Lucas en el techo.

Fotop. Castañeira, Alvarez y Levenfeld.-Madrid
507. — MADRID — Palacio Real, Plaza de la Armeria



42 Madrid.—Los alabarderos saliendo de Palacio.



151. MADRID.—Teatro Real.

28 - octubre - 1927



Banco de España

El ministro Floridablanca en 1829 concibió la idea de que fuese creado un banco autorizado para emitir papel moneda. Ese fue el Banco de San Carlos, de carácter privado, que posteriormente cedería el privilegio al Banco de San Fernando, fusionado en 1846 con el de Isabel II. Esto de las grandes fusiones ya se ve que no es cosa de hace cuatro días. El Banco de España, como institución pública, no surgió hasta 1874, cuando el ministro y premio Nobel Echegaray hizo que se le otorgara el monopolio de emitir billetes. El edificio que contemplamos en la postal fue construido sobre el solar del palacio de Alcañices, entre 1884 y 1891, a base de piedra alconera y de Carrara por Eduardo Adara y Severiano Sainz de Lastra, y está inspirado en los palacios del Renacimiento.

La Bolsa

En la plaza de la Lealtad se alza este edificio neoclásico, copiado, según dicen, del de la Bolsa de Viena por Enrique María Repullés y Vargas, en 1884. La primera idea de crear una Bolsa de Comercio la tuvo José Bonaparte, que pensaba instalarla en San Felipe el Real; sin embargo, la llevó a efecto en 1813 un decreto de Fernando VII. A partir de ese momento el tráfico de acciones y obligaciones tuvo lugar en la casa de la Compañía de Filipinas, en el Claustro de San Martín, en la iglesia de las Vallecas, en la de los Basillos, en la Trinidad, en el Circo de Paul y en la Aduana Vieja, hasta que fue construido el edificio actual. Seguro que el hombre de la tartana no se barrunta cuán complicados tejemanejes se cuecen dentro de la casa frente a la que va transitando.

Fábrica de Tabacos

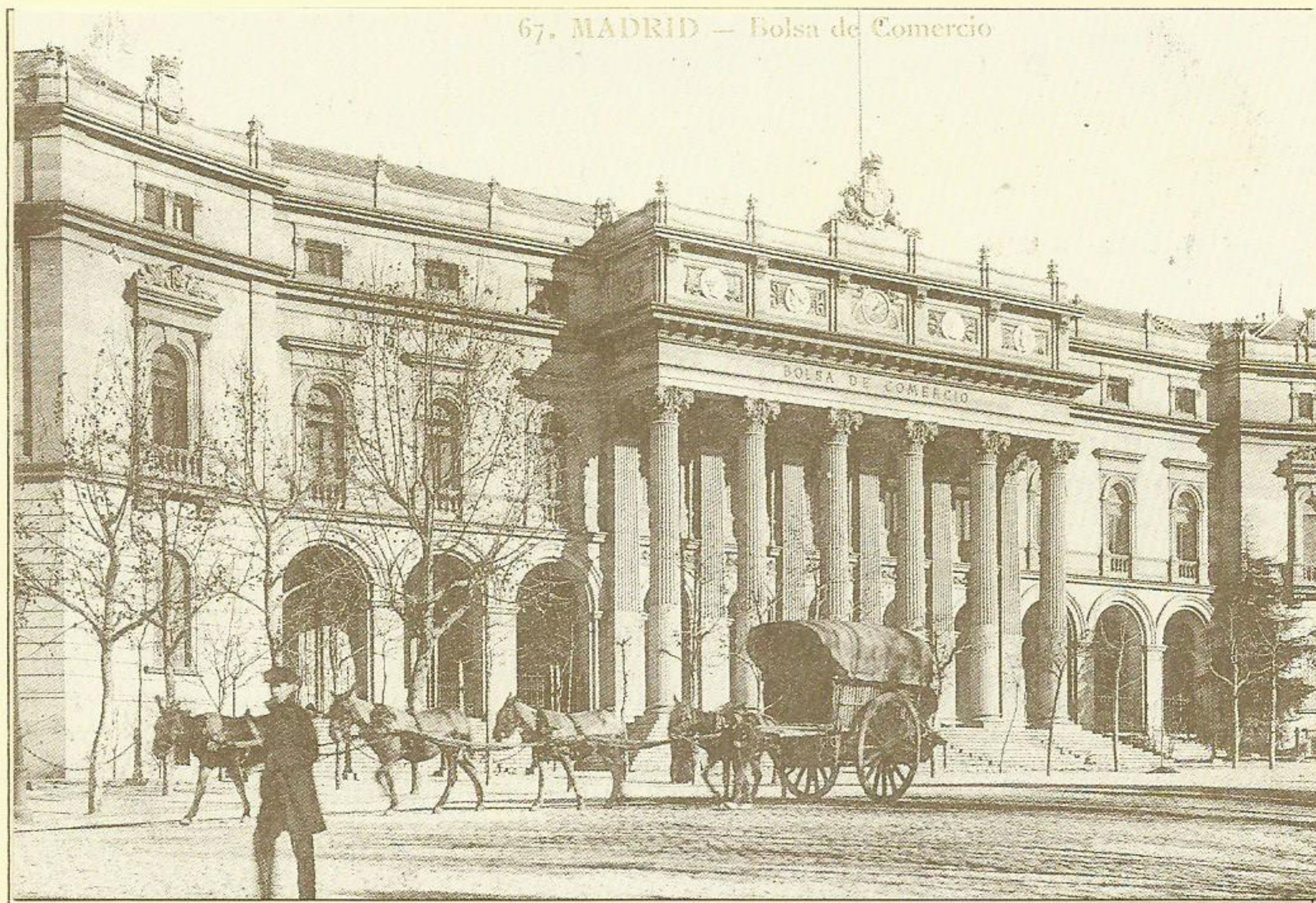
Desde que las primeras hojas aromáticas llegaron de las Indias, los públicos poderes se dieron cuenta de cuán provechoso podía resultar su control, mediante el monopolio o las fuertes gabelas. Esta Fábrica de Tabacos, creada en 1809 por Pepe Botella es uno de los más característicos edificios industriales del siglo XVIII, construido en 1790 para fábrica de licores. En él trabajaban 800 cigarreras, esas que «constituyen un elemento tan donoso y pintoresco de la vida popular madrileña», según Pedro de Répide. Efectivamente, debían de ser una casta especialmente bravía y arriscada, capaz de manejarse con soltura por aquel barrio de Embajadores, y aun de reducir a astillas una máquina entera, como sucedió en 1872, cuando boicotearon la de armar cigarrillos, que amenazaba su trabajo.

MADRID
BANCO DE ESPAÑA

AYUNTAMIENTO DE MADRID



67. MADRID — Bolsa de Comercio



144 Madrid. — Fábrica de Tabacos.



Plaza de la Villa

Sabido es que Francisco I, rey de Francia, no estuvo preso en la Torre de los Lujanes, sino en el Alcázar, pero cualquiera le saca la leyenda de la cabeza al pueblo de Madrid. Quien estuvo preso en la plaza de la Villa, pero en la casa de Cisneros, fue Antonio Pérez, pero le sacó de allí su señora por el sistema del cambiazo. Desde esta plaza se ha gobernado Madrid desde muy antiguo, cuando se reunía el concejo en la iglesia del Salvador, cuyo nombre tuvo la plaza en tiempos pasados. El Ayuntamiento fue construido entre 1645 y 1693, sobre el solar de la casa de don Juan de Acuña, marqués del Valle, en la que fuera hecho preso don Pedro Girón, duque de Osuna. Como protestar siempre gusta en Madrid, en nuestro tiempo hay en esta plaza bastantes manifestaciones.

Plaza de la Lealtad

Otros pueblos, los franceses por ejemplo, honran a los mártires de la patria con un entusiasmo admirable. En cambio, en este país nadie se los toma en serio, prueba de lo cual es el diminuto obelisco, casi escondido, que vela sobre las cenizas de los héroes del 2 de mayo. La postal deja ver al fondo, detrás de Neptuno, el semicírculo de la plaza de la Lealtad. En el momento de hacerse esta postal andaban construyendo uno de los más suntuosos hoteles de la capital y los obreros se ponían a comer en torno a la fuente de Neptuno, a donde las mujeres les traían la tartera. Ello hace suponer que tiraron la foto en torno a 1910. Por aquí estuvieron los jardines del Tívoli, el Circo Hipódromo y el velódromo El Caballo de Acero.

Plaza de Isabel II

La reina castiza, doña Isabel II, la señora de don Francisquito de Asís, tiene una plaza privilegiada en Madrid. En ella pusieron en 1850 una estatua de bronce, costada por el señor Santaella, comisario general de la Cruzada. Famoso fue en Madrid el epigrama alusivo al caso: «Santaella, de Isabel / costeó la estatua bella, / y del vulgo el eco fiel / dice que no es santo él / ni tampoco santa ella.» Sus razones tendrían. La plaza se llamó de los Caños del Peral, y también plaza de Prim, y está colocada sobre un profundo barranco, al fondo del cual hay ahora un par de tascas muy apreciables. La fachada posterior del Teatro Real ha sido testigo de largas colas de melómanos en busca de localidades para los conciertos.

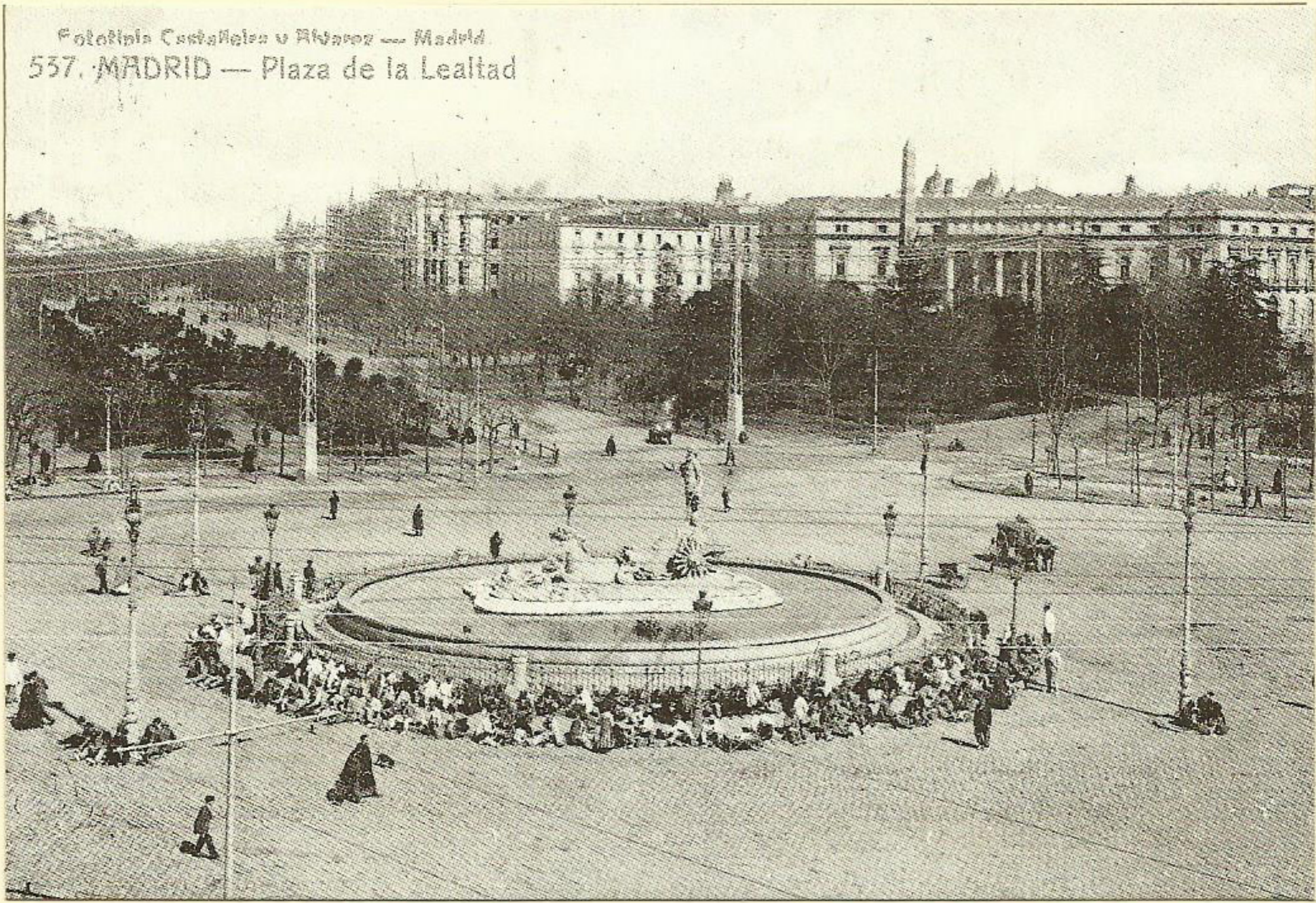
70

160. Madrid.—Plaza de la Villa.



71

Fotografía Castellana y Álvarez — Madrid.
557. MADRID — Plaza de la Lealtad



72

MADRID.
Plaza de Isabel II.



Con el patrocinio de:

Fortuna

Diario 16

Teatro Lírico

Antes que teatro era un frontón, el Euskal-jai. Los frontones de Madrid pasaron a mejor vida, como está ocurriendo con los teatros, si es que nadie lo quiere remediar. En el teatro Lírico, que luego se llamó «Gran Teatro», se hacía ópera española, como la «Circe», de Chapí y Ramos Carrión con que fue inaugurado. También pasaron por este lugar temporadas dramáticas y el inevitable género chico, que pareció estar pegado a la piel de Madrid durante medio siglo. Los bailes de Carnaval del Gran Teatro llegaron a ser famosísimos, y también las proyecciones cinematográficas que en él tenían lugar, antes de que un incendio se lo llevara por delante. Estaba en la calle Marqués de la Ensenada, cerca de las Salesas.

Teatro Alcázar

¡Un superviviente! Y en plena calle de Alcalá, donde antes estuvieron el Apolo y el Salón Japonés, que viera debutar a la Fornarina. El teatro Alcázar fue construido a principios de siglo, y estuvo durante muchos años dedicado principalmente a la revista. En estos tiempos que corren no está la cosa para andar seleccionando género, y en él se han estrenado funciones de Antonio Gala, se han visto espectáculos de tango, y todo lo que haya ido viniendo a mano. Lo importante es que la azarosa vida de los teatros de Madrid, que fueron después convirtiéndose en cines, y, por fin, desapareciendo sin más, reciba algún impulso (aunque sea oficial) y no se extinga del todo.

Teatro Circo Price

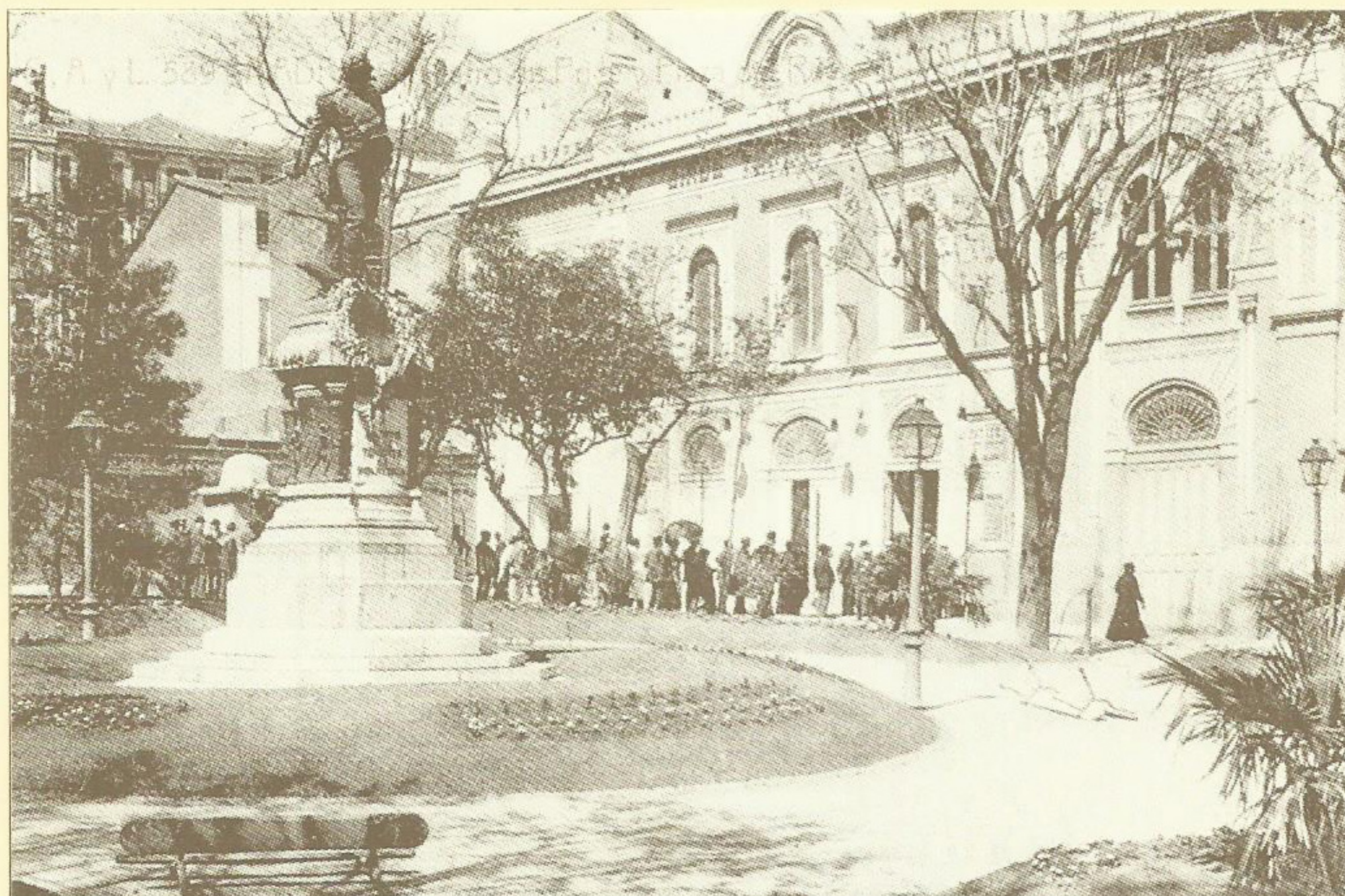
En 1969, con el derribo del Price, se ejecutaba un ultraje contra los recuerdos infantiles de muchos madrileños, que nos habíamos reído allí con Pompop, Teddy y Nabucodonosorcito. El teatro del Circo se había cambiado de Recoletos a la plaza del Rey en 1867, y allí vivió un siglo de gloria, no sólo con las funciones de circo, sino con sus temporadas de zarzuela, que conocieron estrenos tan importantes como «Las golondrinas», y algún que otro escándalo político, como el que produjo «Las calles de Madrid» en 1888. El sino incendiario de la Villa y Corte destruyó el primitivo Teatro del Circo en 1874, pero lo reconstruyeron rápidamente, y fue en su segunda vida cuando cobró el nombre y fisonomía con que lo vemos en la postal.

176 MADRID.—Teatro Lírico ó Gran Teatro.



74

75



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

San Ginés

De las trece parroquias existentes en el antiguo Madrid, es San Ginés, probablemente, la más antigua. Sabido es que por el Arenal y a extramuros vivían los cristianos durante la dominación árabe. Claro está que no se trataba del edificio que aparece en la postal, pues la iglesia, cuya capilla mayor dotara Gómez Guillén en 1438, sufrió muchas vicisitudes a lo largo de su historia, como la ruina de 1642 y el incendio de 1824. Su actual aspecto es debido a las obras de 1960.

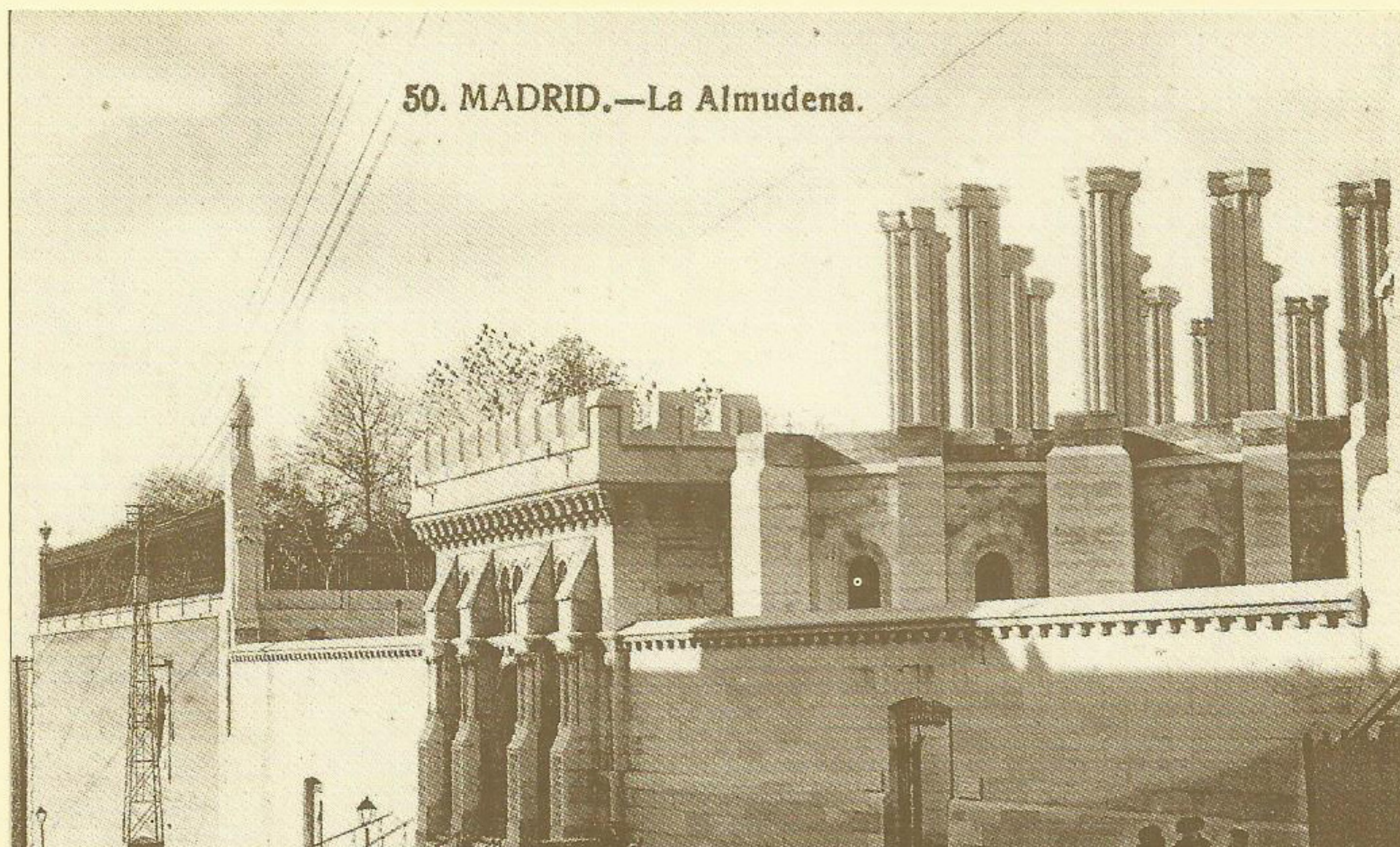
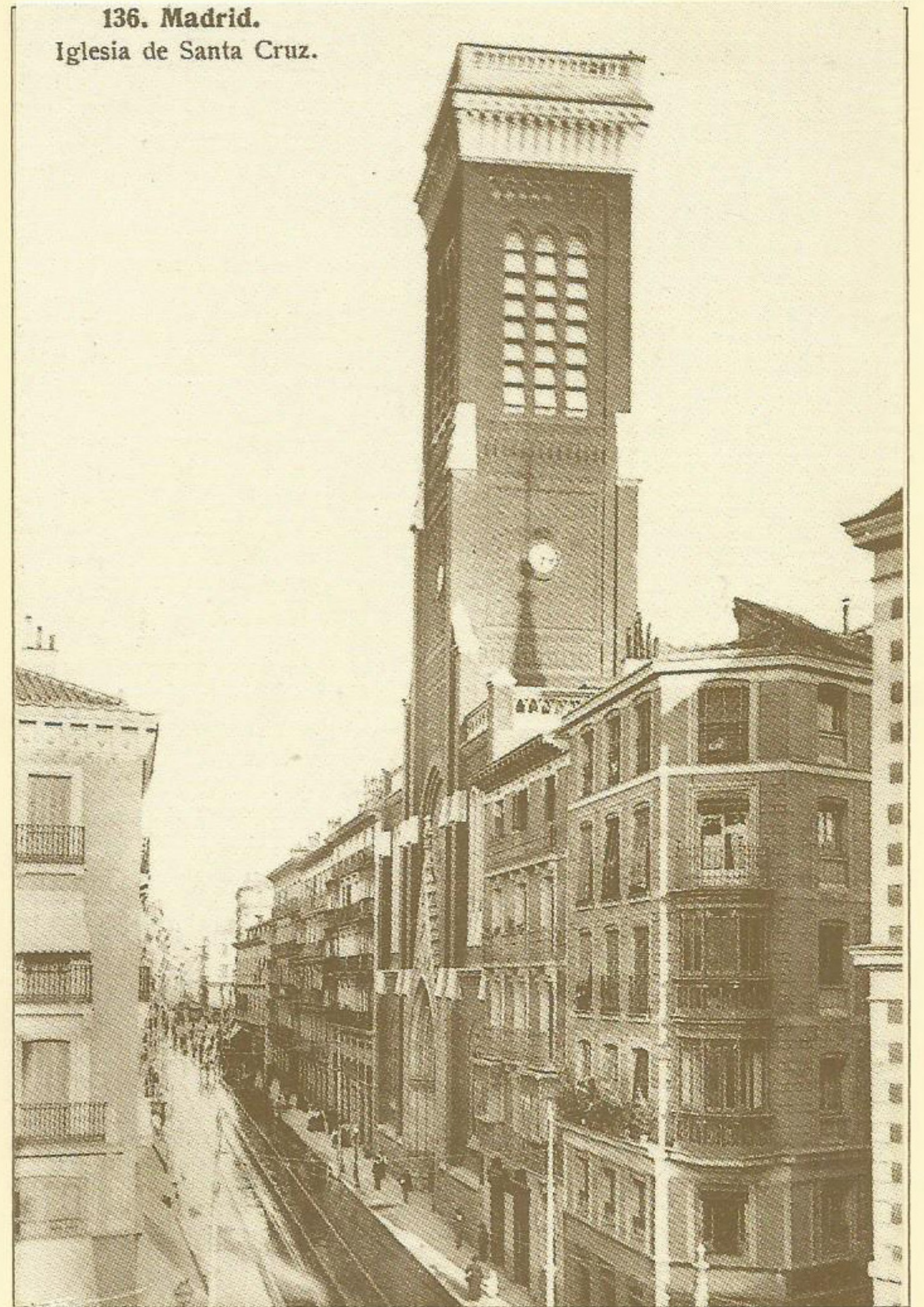
Muchas y admirables cosas se pueden contar de este noble templo, como la condición de perfecto pararrayos que su torre posee, o la reaparición del lienzo de Ricci que todos creyeron perdido en el incendio.

Iglesia de Santa Cruz

Durante muchos años fue la de Santa Cruz la más alta torre de la capital, atalaya de los cristianos contra ataques de cualquier enemigo. Eran sus campanas las que tocaban a fuego, siendo Madrid ciudad tan propensa a los incendios. La parroquia primitiva estaba en la esquina de Esparteros, en el lugar que hoy ocupa la plaza de Santa Cruz. La que se ve en la foto fue construida sobre las ruinas del convento de Santo Tomás, y la torre conservó su gran altura y su forma de atalaya, como la antigua, cuyas primeras noticias datan de tiempos de los Reyes Católicos, cuando los sacristanes gozaban de una gratificación especial por tocar las campanas. Desde esa elevada torre mostró el diablo Cojuelo al estudiante Don Cleofás las complicadas tripas de la Villa.

La Almudena

El más moderno de los templos madrileños es tan moderno, que aún no está terminado. Dicen que en este famoso año de 1992 van a finalizarse las obras, iniciadas en 1883, y entonces tendremos nueva catedral. El primer proyecto lo hizo el Marqués de Cubas, y fue continuado por Miguel de Olaverriá y Enrique María de Repullés. El actual es obra de Fernando Chueca y Carlos Sidro, que ganaron el concurso de 1944. La competencia entre la Virgen de Atocha y la Virgen de la Almudena fue dirimida por el pueblo de Madrid a favor de la segunda, cuya imagen bizantina se encontró, precisamente, en la parte de la vieja muralla donde colocaron la primera piedra de la catedral. La reina Mercedes apoyó firmemente la iniciativa popular, y fue la Corona quien cedió los terrenos necesarios para la obra.



Estatua de Eloy Gonzalo

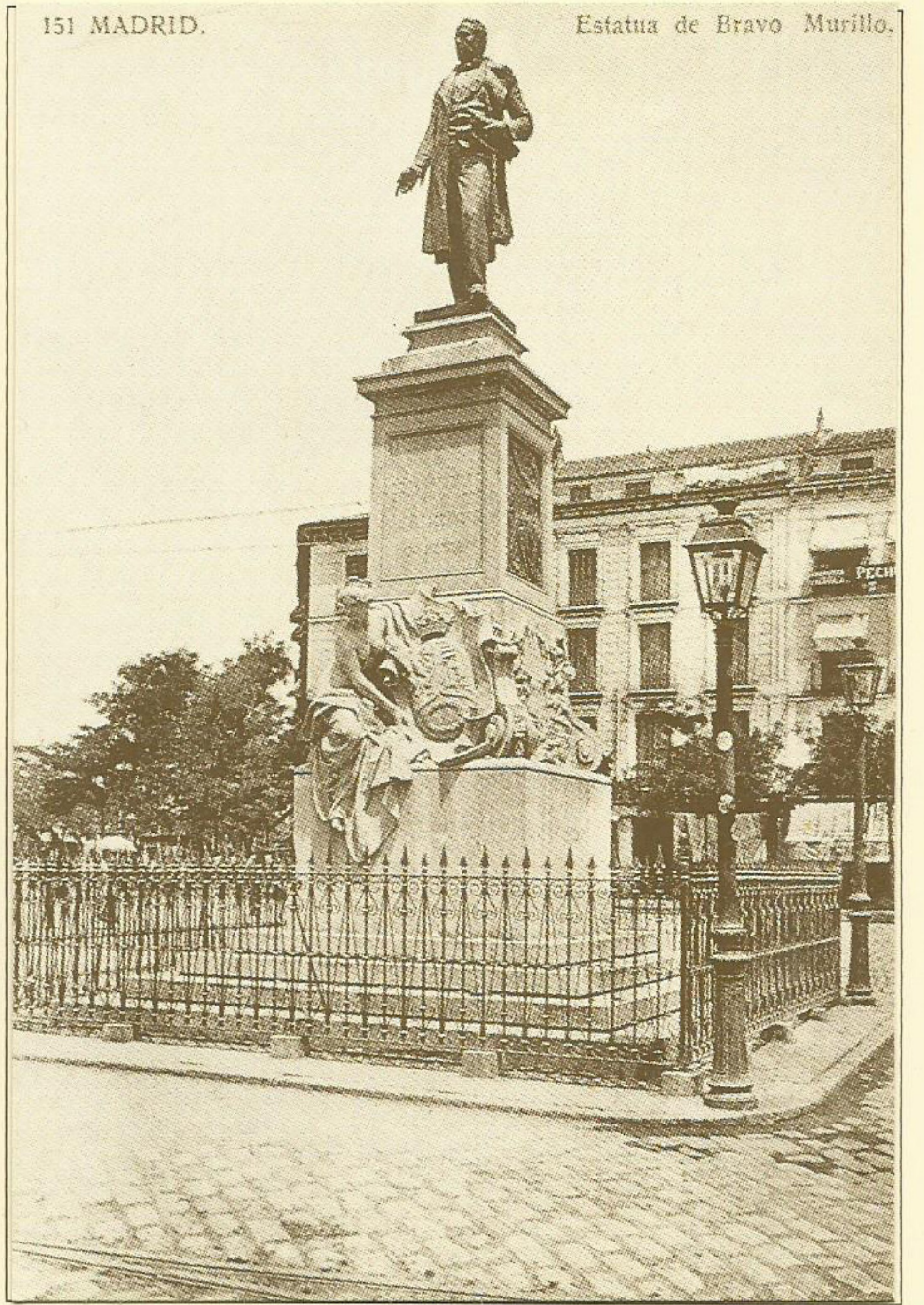
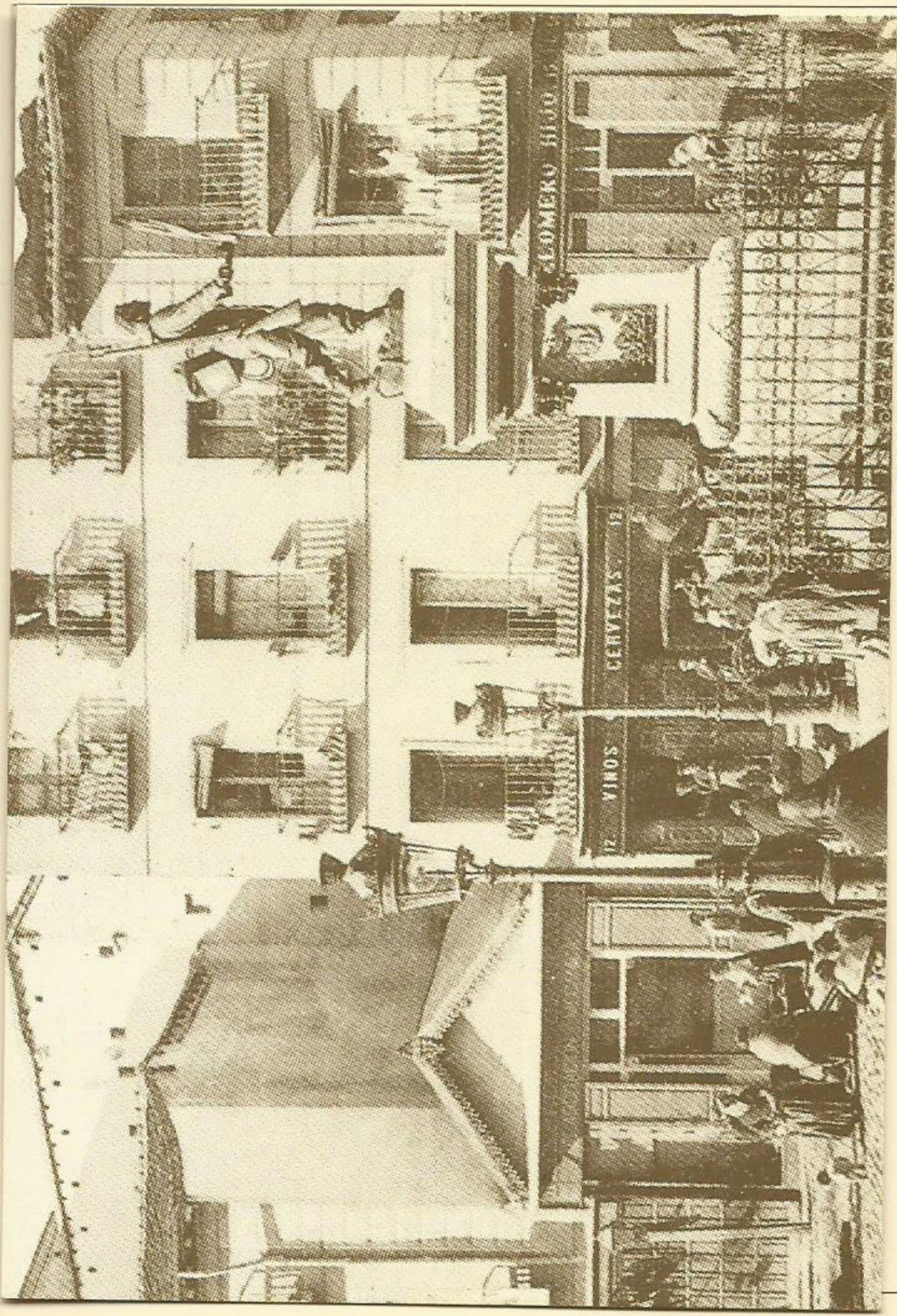
La primera guerra de Cuba duró diez años a partir del Grito de Yara. Luego vino la guerra chiquita, que sólo duró uno, y, por último, hubo otra guerra de cuatro años, y Cuba cobró su independencia. Miles de españoles y cubanos perdieron sus vidas en aquella interminable sangría, algunos de ellos en actos de valor suicida como el que acometió el inclusero madrileño Eloy Gonzalo, que se la jugó con una lata de gasolina y una cuerda amarrada a la cintura, tal como se le ve en la estatua de Aniceto Marinas que ocupa el centro de la Cabecera del Rastro. El monumento fue inaugurado en 1902 por S. M. Alfonso XIII, cuando se celebraba la jura de la Constitución por celebrar algo. El héroe de Cascorro ocupa uno de los más alegres y populares enclaves de Madrid.

Estatua de Bravo Murillo

*La estatua estuvo primero emplazada en la glorieta de Bilbao, y más tarde pasó a la calle Cea Bermúdez, próxima a los jardines del Canal de Isabel II. Forma parte de la avalancha monumental producida en 1902, bajo la alcaldía de Alberto Aguilera, para celebrar la mayoría de edad de Alfonso XIII, y es obra de Miguel Angel Trilles. Recordemos en este año de sequía que don Juan Bravo Murillo fue el principal promotor de la traída de aguas desde el río Lozoya, aguas que hoy admiran a los visitantes, que en Madrid no necesitan gastarse los cuartos en agua mineral. Don Juan Bravo Murillo, de quien se guarda un excelente retrato en el Congreso de los Diputados, era de Fregenal de la Sierra y desempeñó las carteras de Gracia y Justicia, Hacienda y Fomento.

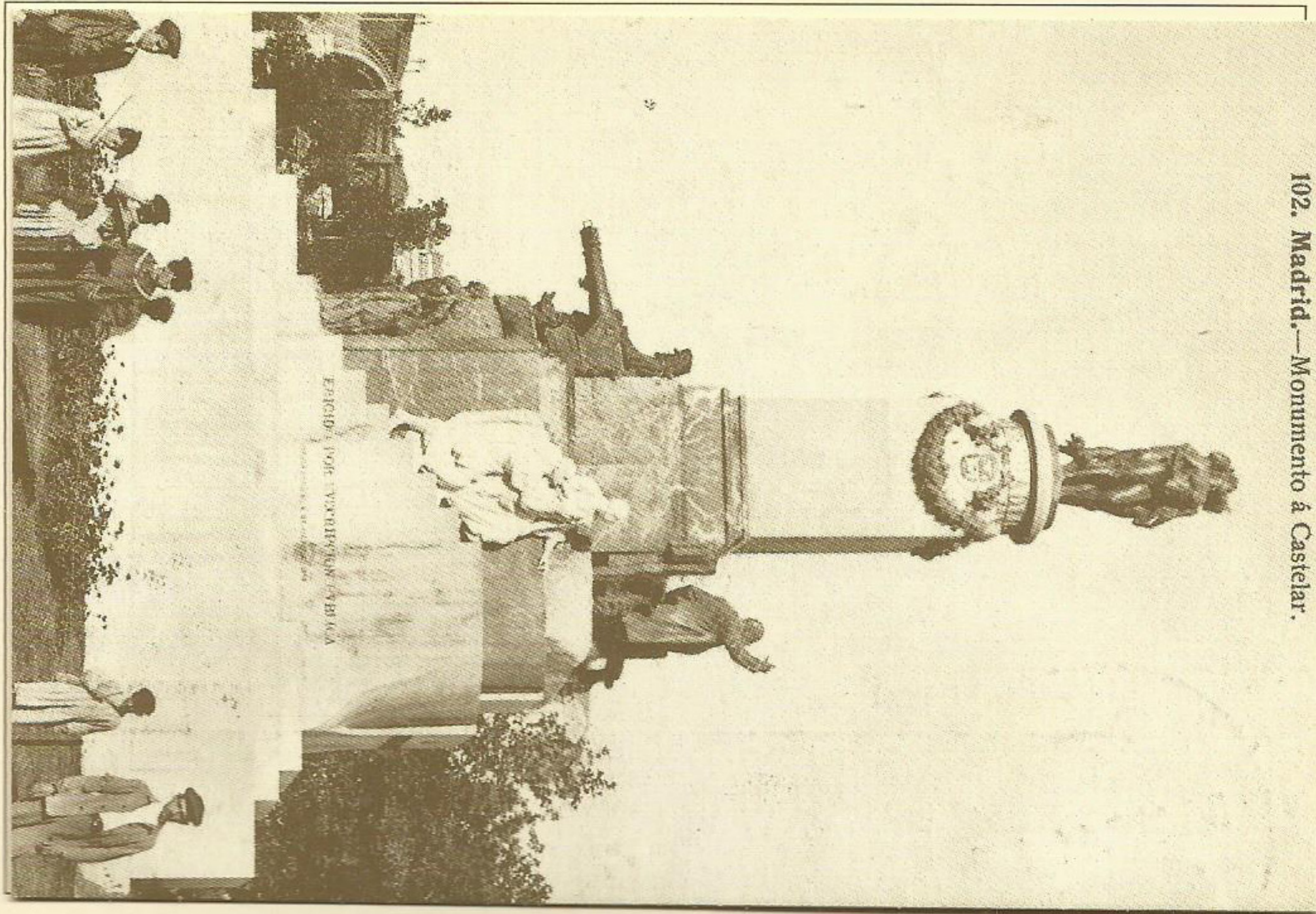
Monumento a Castelar

El monumento a Castelar que hay en la Castellana es tan florido, alegórico y rotundo como el verbo famoso del ilustre tribuno republicano. Lástima que los viandantes pasen en coche y todo lo deprisa que pueden, porque, si fueran paseando, podrían admirar lo que es una alegoría decimonónica en todo su esplendor. Allí aparece una señora desnuda, que simboliza la elocuencia, trepan Demóstenes y Cicerón, hay un grupo de obrero, soldado y estudiante, más un relieve evocador de la incesante lucha contra la esclavitud que mantuvo nuestro gran orador gaditano. El conjunto, que hubiera podido quedar algo recargado, es, sin embargo, armónico y elegante. Fue erigido en julio de 1908 por suscripción popular.



151 MADRID.

Estatua de Bravo Murillo.



102. Madrid.—Monumento à Castelar.

Museo del Prado

Este es el museo del que estamos tan orgullosos todos los madrileños, pero que no todos los madrileños han visitado. El caso es que, cuando el ministro Floridablanca decidió su construcción, no iba a ser un museo de pintura, sino que debía albergar la Academia de Ciencias, el Gabinete de Historia Natural, el laboratorio químico y otras doctas instituciones. Iba a ser un verdadero emblema de la Ilustración. El arquitecto Villanueva realizó el primer proyecto en 1785, y, poco después, el definitivo. Fue Fernando VII quien decidió utilizar el magnífico edificio de ladrillo rojo y granito para una gran pinacoteca, lo que aconteció en 1819. Para saber algo de provecho sobre El Prado, hay que leerse los libros de Chueca Goitia, Pedro Monleón y unos cuantos más.

Observatorio Astronómico

«... sobre la ejecución del Observatorio Astronómico totalmente de nueva planta en el sitio próximo a la ermita de San Blas y según el borrador que está diseñado en este sitio...» Escribía a Floridablanca Juan de Villanueva en 1790, en vista de que el Observatorio no cabía en el edificio de El Prado. Al cerrillo de San Blas iban los madrileños para remediar los males de garganta por intercesión del santo titular de la ermita. La idea del Observatorio fue del marino Jorge Juan, quien expuso su inquietud al rey Carlos III. En él hubo un admirable telescopio, obra de William Herschel, del que sólo quedan los espejos de bronce. Carlos IV promulgó las «Ordenanzas del Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos de Estado y del Real Observatorio».

Museo Antropológico

El Museo Antropológico, más tarde Etnográfico, fue fundado por don Pedro González Velasco, y construido por el Marqués de Cubas, a quien tanto debe la arquitectura decimonónica madrileña. Contiene innumerables tesoros procedentes de los más remotos lugares del mundo, y, tras mucho tiempo de abandono, ha recobrado auge en nuestros días, con interesantes exposiciones.

El caballero de la foto es, precisamente, el célebre doctor Velasco, cuya notoriedad fue injustamente debida a una truculenta leyenda de necrofilia, cuando hubiera haberse debido su fama a su destreza como cirujano y a su afán investigador, tanto como a su esforzada trayectoria, de porquero a doctor de renombre internacional.



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Plaza de San Marcial

Las obras de la plaza de España hicieron desaparecer la antigua plaza de San Marcial, fue, según don Antonio Capmany y Montpalau, estaba al final de Leganitos. Mesonero Romanos se refiere a la «calle de San Marcial», y no a la «plaza». El caso es que fue barrida, después de la demolición del famoso cuartel de San Gil, donde estuvieron los guardias de Corps y los sargentos de Artillería sublevados en 1866.

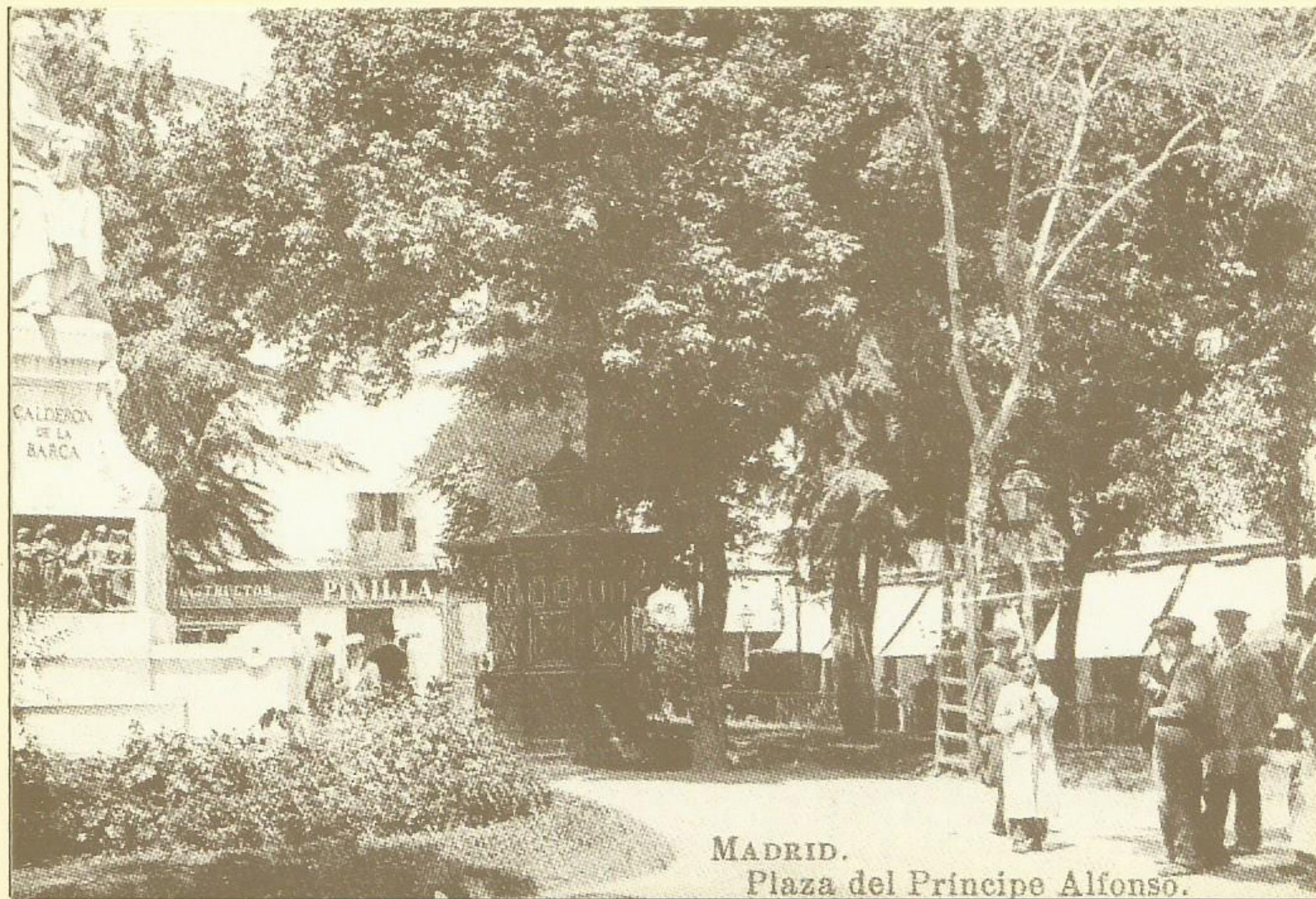
Répide, que conoce las calles y plazas en relación con teatros y otros frívolos lugares, cuenta que aquí estuvo el café-teatro de San Marcial, y en él triunfó el «dúo de los paraguas» de Pina Domínguez y Nieto. Posteriormente, el teatro ABC, que acabó sus días como cochera.

Plaza de Alonso Martínez

Aquí donde se cruzan muy principales arterias de Madrid, aquí desde donde se puede ir a la Castellana, a Cuatro Caminos, a Bilbao, a la Gran Vía, estuvo otrora la puerta de Santa Bárbara, un paraje tan elevado que decían que su cerrojo se hallaba a la misma altura que la torre de Santa Cruz. En este antiguo arrabal estuvo el campo del tío Mereje, donde construyeron la Real Fábrica de Tapices, que dirigió Mengs, y donde Goya preparó sus primeros cartones. La estatua de Quevedo pasó más tarde a su propia glorieta, y desapareció el circo de Colón, donde ejercía su arte sicalíptico la Bella Chiquita. Don Alonso Martínez, ministro que fue e Fomento, preparó los duros para el Canal de Isabel II, sacó el Código Civil, y el jurado que ahora esperamos restablecido.

Plaza del Príncipe Alfonso

La actual plaza de Santa Ana, que ha recuperado su viejo nombre, tras haberse llamado del Príncipe Alfonso (por el que llegaría a ser Alfonso XII) y de Topete en tiempos revolucionarios, era, y sigue siendo, famosa por sus cervecerías, que tanto le gustaban a don Mariano de Cavia. En ella quiso fundar un convento Santa Teresa de Jesús, y lo acabó haciendo San Juan de la Cruz. Desaparecido éste, se honra con la presencia del Teatro Español, y se honró con la del palacio de los condes de Montijo, que venía a caer por donde el edificio Simeón. Dicen que hubo antaño en la plaza muchas pajarerías. En nuestro tiempo ha habido un simpático mercadillo de artesanía, desaparecido por obra de un malhumorado municipal.



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Calle Mayor y Capitanía

Suenan este palacio y sus proximidades a rumor de espadas. Fue en el siglo XVII cuando fue construido por Juan de Mora para los duques de Uceda. A la primera vida del lugar corresponde la siniestra historia del asesinato de Escobedo, ordenado por Antonio Pérez y dicen que instigado por el propio rey. También fue cerca de aquí donde el anarquista Mateo Morral bañó en sangre las reales bodas de Alfonso XIII y Victoria Eugenia, causando con una bomba 28 muertos y 40 heridos. El edificio conoció, a partir de 1717, una segunda vida, cuando se convirtió en Palacio de los Consejos, y contuvo el Supremo de Castilla e Indias y otros altos organismos del Estado. En su etapa de Capitanía General tampoco le han faltado ruidos de sables.

Calle Atocha y hotel Nacional

La antigua calle de Atocha, camino al Santuario del mismo nombre, fue ensanchada en el XVII, y es, desde entonces, una de las calles importantes de Madrid. Perteneían sus casas, consecutivamente, a las parroquias de Santa Cruz, San Sebastián, El Salvador y San Nicolás. En este último tramo, donde el edificio del hotel Nacional muestra hoy un cartel, que lo anuncia en restauración, había —según cuenta el ilustrado doctor D. Javier M. Tomé Bona— casuchas de un piso, «un asilo, un inframundo de indigentes y maleantes». Las casas fueron derribadas, y quedó un solar con fotógrafo ambulante y libros de lance. El hotel Nacional, donde hacían veladas literarias, fue el «Términus» soñado por Répide.

Calle Serrano

Carlos María de Castro, el hombre del Ensanche madrileño, había pensado un medio urbano similar al de las casas que hay entre el 28 y el 36 de Serrano: edificación a tres alturas, patio interior con jardín, suntuoso principal, noble segundo. El servicio se acomodaría en áticos, y los obreros en el semisótano. Desde su punto de vista, aquello era señorial, a la par que democrático. El proyecto naufragó con la ley de 1876, pero el antiguo bulevar de Narváez, luego Serrano, sigue siendo una calle la mar de fina, con tiendas de lujo y precios prohibitivos en la vivienda. Por aquí vivieron Cánovas, Castelar, Muñoz Seca..., gente respetable. También de esta calle partió el primer tranvía. En los años cincuenta se contaban chistes de niñas finolis de Serrano.

88

113 Madrid. — Capitanía General y calle Mayor.



89

MADRID: CALLE DE ATOCHA Y HOTEL NACIONAL.



90

111 MADRID. — Calle de Serrano.



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Palacio de Industria y de Artes

A principio de siglo, la Castellana finalizaba por los altos del Hipódromo, donde está situado este docto edificio. Las obras se iniciaron en 1881, bajo la dirección de don Fernando de la Torre, y finalizaron en 1887, bajo la de don Emilio Boix, cuando tuvo lugar la inauguración con una exposición de pintura. Sabido es que, andando el tiempo, este lugar sería ocupado por la Escuela de Ingenieros Industriales y el Museo de Historia Natural, donde se pueden admirar todos esos increíbles trabajos de taxidermia realizados por el señor Benedito. La proximidad del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Residencia de Estudiantes hacen de estos parajes una zona culta y sesuda.

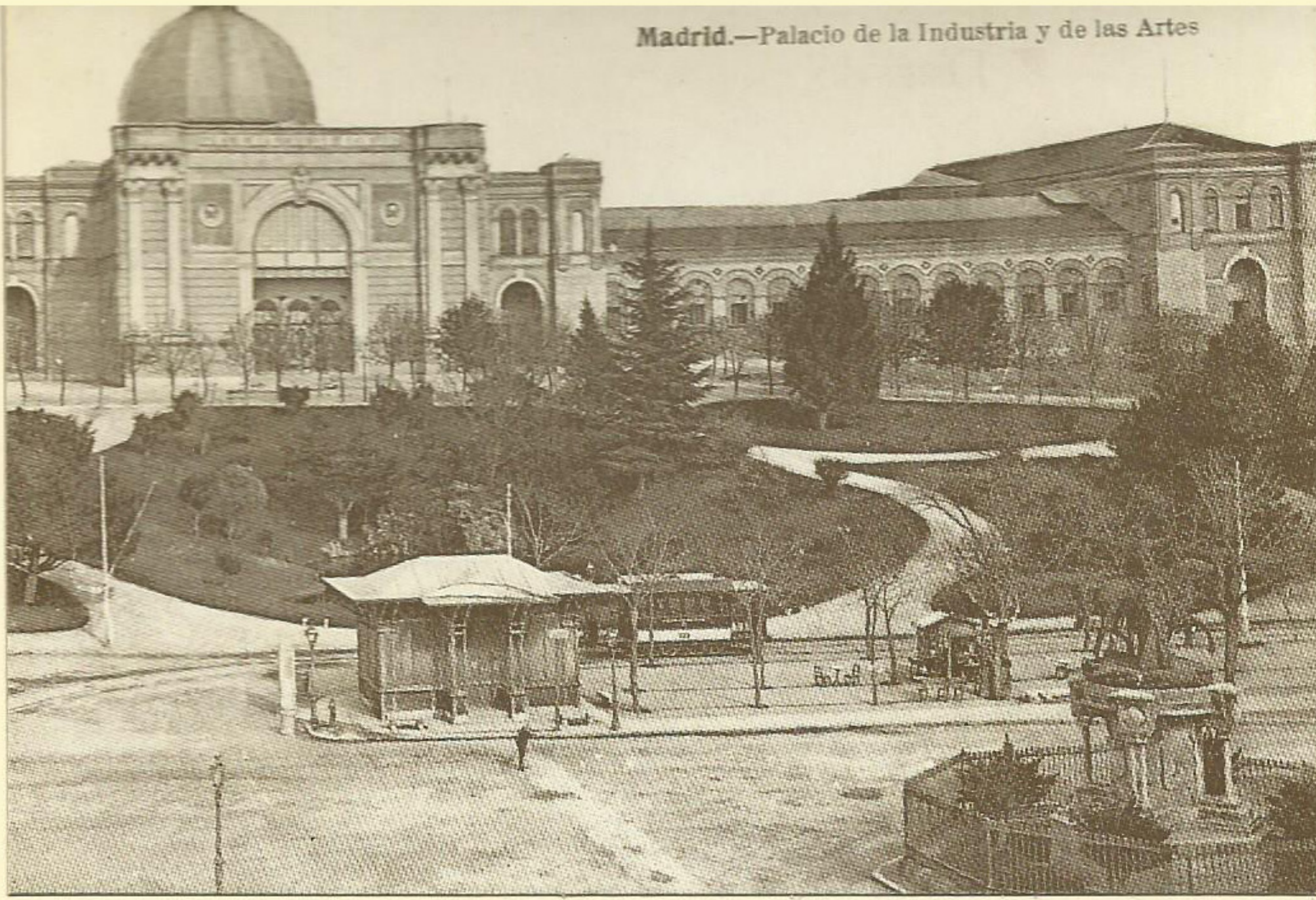
Palacio Real y calle Bailén

El último gran palacio tardo-barroco europeo es un enorme cuadrado en torno a un gran patio. De la planta sobresalen cuerpos en los ángulos, tal como apreciamos en la postal. Tiene siete pisos, divididos en dos grandes cuerpos. El primero es almohadillado, y el segundo es un orden compuesto de columnas y pilastras. Sólo su ubicación presta a esta mole su aspecto aéreo. Este símbolo de la Monarquía tiene el detalle de haber sido un espacio tradicionalmente abierto al pueblo, que, en justo reconocimiento, lo ha respetado, incluso cuando lo invadió en 1868, pero sin llevarse ni un alfiler, tal como cuenta don Pascual Madoz: «... no faltó nada, absolutamente nada de las grandes riquezas que aquel palacio contenía.»

Palacio del Congreso

La primera sesión del Parlamento en este palacio tuvo lugar en 1850, tras finalizar la obra iniciada en 1843, cuando la reina Isabel II puso la primera piedra. El edificio se alza sobre el solar del antiguo convento del Espíritu Santo, destruido por un incendio en 1823. Los célebres leones fueron colocados bastantes años después, cuando los fundieron con el metal de los cañones tomados a los marroquíes en la guerra de 1859-60. El frontispicio muestra unos relieves alegóricos, con España abrazada a la Constitución, esa que se vio amenazada en este mismo sitio por diversos salvadores de la Patria, como Pavía y Tejero. Ahora el edificio se ha quedado de juguete, después de la monstruosa ampliación que acaban de hacer.

Madrid.—Palacio de la Industria y de las Artes



21 Madrid. Palacio Real. Vista general.



15 MADRID.—Palacio del Congreso y Carrera de San Jerónimo.



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Bodas reales

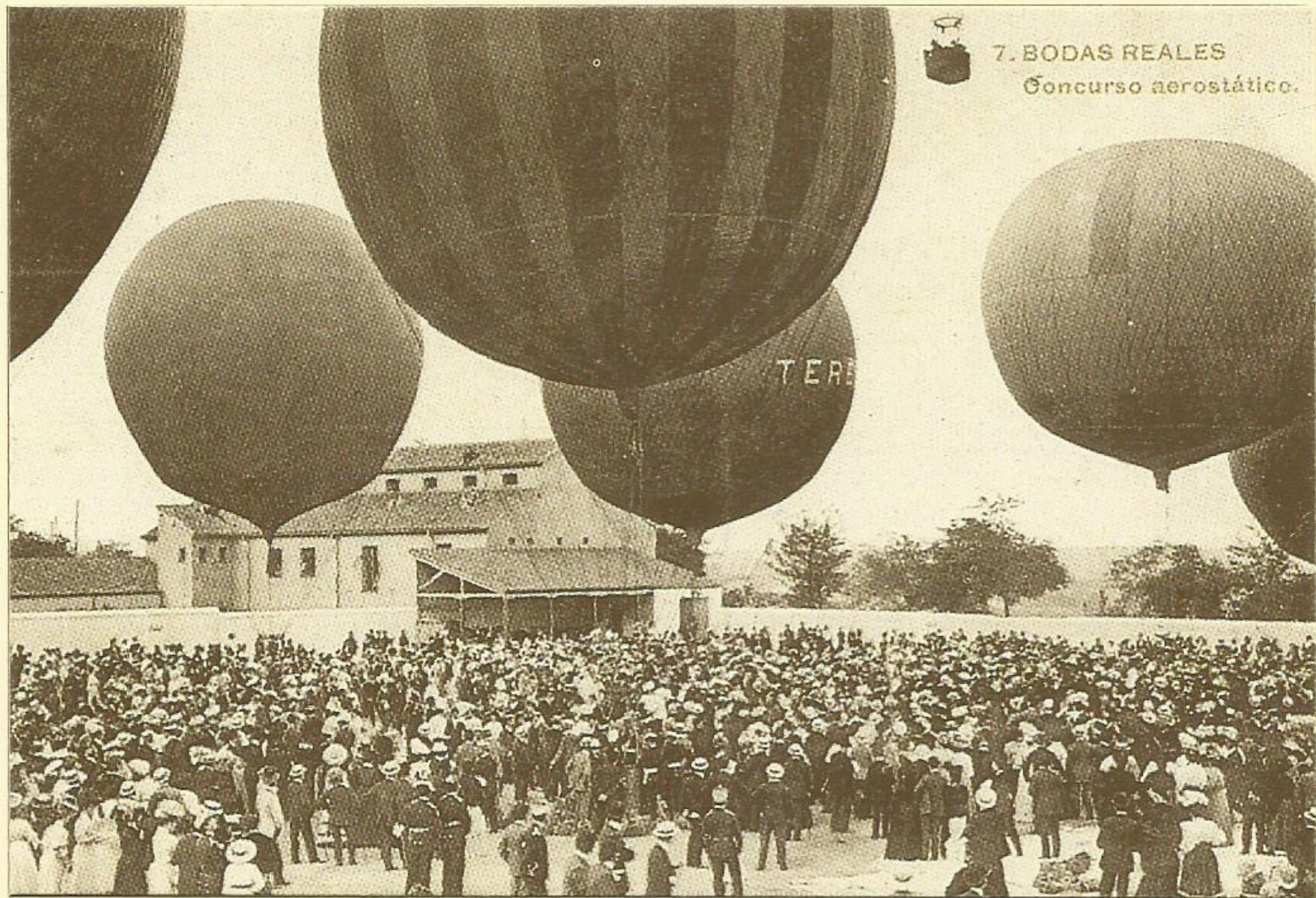
El 31 de mayo de 1906 tuvo lugar la boda de Su Majestad Alfonso XIII con Doña Victoria Eugenia de Battenberg, y Madrid era una fiesta; tanto como lo fue el 14 de abril de 1931, cuando se proclamó la Segunda República. Así es la gente de la Villa y Corte. La boda —sabido es— tuvo un trágico colofón, cuando el anarquista Mateo Corral atentó con una bomba contra la real pareja, sin conseguir causarles ningún daño a ellos, pero dejando la calle Mayor sembrada de muertos y heridos. Cuenta Cortés Cabanillas que el joven monarca reaccionó con gran valor en aquella terrible circunstancia, diciendo que eran «los consabidos gajes del oficio», e interesándose inmediatamente por las víctimas. El vestido blanco de la novia tenía algunas manchas rojas.

Bodas reales. Caravana de coches

El automóvil era todavía un símbolo de modernidad, relacionado con el deporte, que entonces se llamaba «sport» entre la gente cursi. Novelistas de principio de siglo, como Belda, Hoyos y Vinent o Mata, hacen referencia a los artefactos mecánicos en sus obras. Aquellos Hispano Suiza, Panhar Levassor o Martin le Timonnier maravillosos... Aquí los tenemos en agasajo a la pareja real, que más tarde sufriría el exilio en Roma y Lausana, una separación por culpa de los devaneos de Don Alfonso y una reconciliación en su lecho de muerte. Doña Victoria Eugenia, hija de Enrique Mauricio de Battenberg y de la princesa Beatriz, nieta de la reina Victoria de Inglaterra, era de una belleza extraordinaria, a juzgar por el retrato de Alvarez de Sotomayor que se conserva en Palacio.

Bodas reales. Concurso de globos

Los globos también participaron en el homenaje a los monarcas recién casados. No eran cosa muy nueva, ya que fueron inventados por los hermanos Montgolfier en 1782, pero sí vistosos, y adecuados para grandes celebraciones y para misiones de espionaje militar. Los aficionados a estos mágicos aparatos han llegado a batir marcas de 137 horas de permanencia en el aire, 5.120 kilómetros de distancia y 34.668 metros de altura. Son juguetes del aire, como anduvo a merced de la historia aquel Don Alfonso de Borbón, Habsburgo y Lorena, hijo póstumo de Alfonso XII, a quien proclamaron rey, sin comerlo ni beberlo, el mismo día en que nació, y a quien cayó en suerte la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, la guerra de Marruecos, la dictadura y, para postre, la caída de la Monarquía.



Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

El Metro

El Metro de Londres echó a andar en 1863, el de París lo abrieron en 1900, igual que el de Viena; en Budapest hubo Metro en 1896, y en Hamburgo en 1912. En Madrid lo inauguró Su Majestad Alfonso XIII el 17 de octubre de 1919. Ojo: en Barcelona no tuvieron Metro hasta 1924, mucho antes que en Moscú, que se demoró hasta 1935.

En Madrid no se llegó a conocer el Metro con máquinas de vapor, que eran una porquería porque llenaban los túneles de humo y carbonilla, puesto que ya en 1904 comenzaron a circular las eléctricas, mucho más pulcras y presentables. Sepan ustedes que el Metro circulaba entre profundidades de ocho y doce metros. Ahora da la impresión de que algunas líneas van mucho más hondas.

Metro. Primera estación

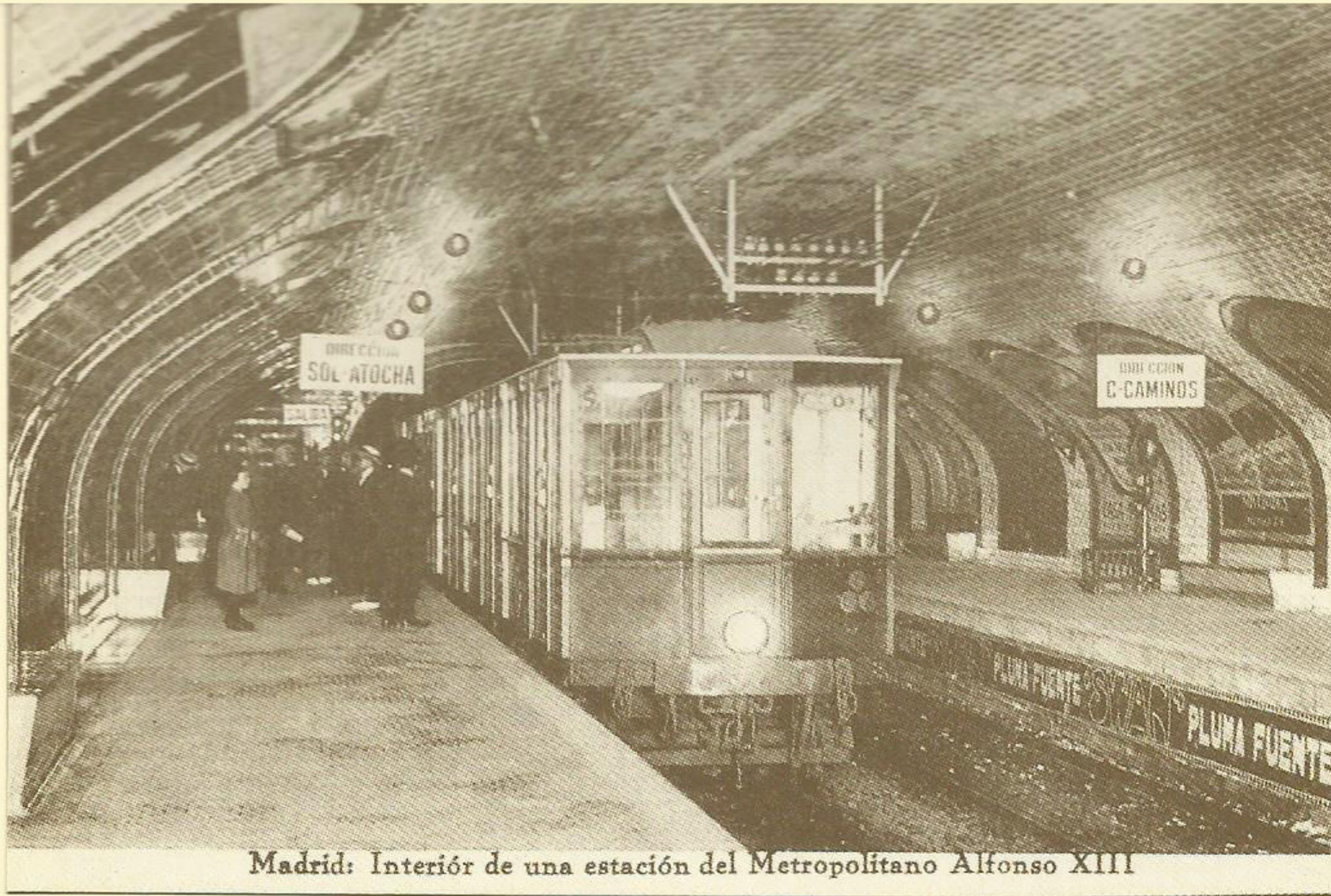
En Madrid, y particularmente en la Puerta del Sol, los problemas de tráfico vienen de muy antiguo. La primera pragmática sobre el particular fue promulgada en 1578; en 1787 se prohibió la entrada en la ciudad de los coches, que debían quedar aparcados a 325 varas de las puertas. Cuando se inauguró esta extraordinaria primera estación del Metro, algunos debieron de pensar que se había terminado el problema. Estaban listos. Pese a las diez líneas, con 112 kilómetros largos —que se siguen ampliando en estos años— de recorrido, la circulación madrileña sigue siendo un desastre. Ya lo decía Quiñones de Benavente:

«Yo soy la Puerta del Sol/ que, a pesar de los paseos,/ me vuelven puerta cerrada /la multitud de cocheros.»

Metro. Red de San Luis

Esta vieja estación con marquesina sobrevivió algún tiempo a las restantes, que se quedaron en simples bocas de Metro en seguida. Tenía hasta ascensor, que ya es el colmo del lujo. Y es que el Metro ha cambiado una barbaridad, desde aquella línea Sol —Cuatro Caminos, con sus tres kilómetros y medio, cuando la compañía era privada. En el año 79 el Ayuntamiento se hizo cargo de las 152 estaciones y de la plantilla de 5.000 empleados no del todo satisfechos.

No podemos dejar de mencionar aquí a los ingenieros don Carlos Mendoza y don Miguel Otamendi, autores de la obra técnica del Metro madrileño. Y hablando de obras: a ver cuándo acaban de cerrar la línea 6 y de arreglar todas esas estaciones.



Madrid: Interi3r de una estaci3n del Metropolitano Alfonso XIII



MADRID. — Puerta del Sol: Estaci3n del Metropolitano.



30. MADRID. — RED DE SAN LUIS ESTACION DEL METRO

Con el patrocinio de:

Fortuna

Con la colaboraci3n del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Ayuntamiento

Cuando se produjo la reconquista de Madrid, en el año de 1083, la burocracia era menos compleja en el municipio, y los hábitos asamblearios propios de la época hacían que la Villa funcionase como concejo abierto, al que se convocaba a campanazos desde la iglesia del Salvador. Fue Alfonso XI quien creó el Ayuntamiento de 12 regidores, cuyos nombres conserva la historia. La construcción del edificio que vemos en la postal se acordó en 1640, y en 1963 ya estaba casi acabado, a un ritmo eminentemente municipal. Los planos primeros los hizo Juan Gómez Mora, acabó la otra Teodoro Ardemans, de forma que los estilos herreriano y barroco quedaron bastante bien combinados; aunque aún faltaba el dieciochesco añadido de la galería de las columnas, puesto por Juan de Villanueva en 1789.

Plaza Mayor

En torno a esta plaza ha latido Madrid a su manera desde el tiempo de los Austrias. Dicen que otras ciudades tienen plazas que son cosa de reyes, como en París, o de familias adineradas, como en Londres. Madrid es corte, pero, sobre todo, es villa. Por eso la Plaza Mayor es un lugar del pueblo, que asociamos con los tenderetes de Navidad de nuestra infancia, llenos de figuritas de belén y rodeados de pavos escandalosos. En la historia quedan las corridas de toros, los autos sacramentales, las ejecuciones y los autos de fe, los incendios que en 1631, 1672 y 1790 obligaron a rehacerla. Pañeros, quincalleros, cañameros, sederos, aguadores... Todos vendían aquí, en esta Plaza Mayor que acaba de ver descubiertas las pinturas de la Casa de la Panadería.

Y mantones de Manila

Aquí, las jóvenes lucen sus mantones de la China con el pelo más o menos a la garsón. A muchos viajeros de fuera les llamaba la atención la especial forma de vestir de los españoles hasta bien entrado el pasado siglo. Sobre todo, la mantilla es que les traía locos. El mantón vino más tarde, y es una belleza en seda bordada sumamente rebelde y difícil de manejar. Que nosotros sepamos, en Madrid sólo los doma debidamente doña Olga Ramos y pocas más. Son muy caros, ya lo decía Alvaro Retana, para que cantase Amalia de Isaura: «... y la que suele sacar mantones, / que son bonitos, pero alquilados». Hoyos y Vinent presenta la versión sicalíptica de la prenda: «Volvió a salir la señora Chelito, desnuda ahora bajo la bárbara policromía roja y verde de dos chales de Manila...»



Con el patrocinio de:

Fortuna

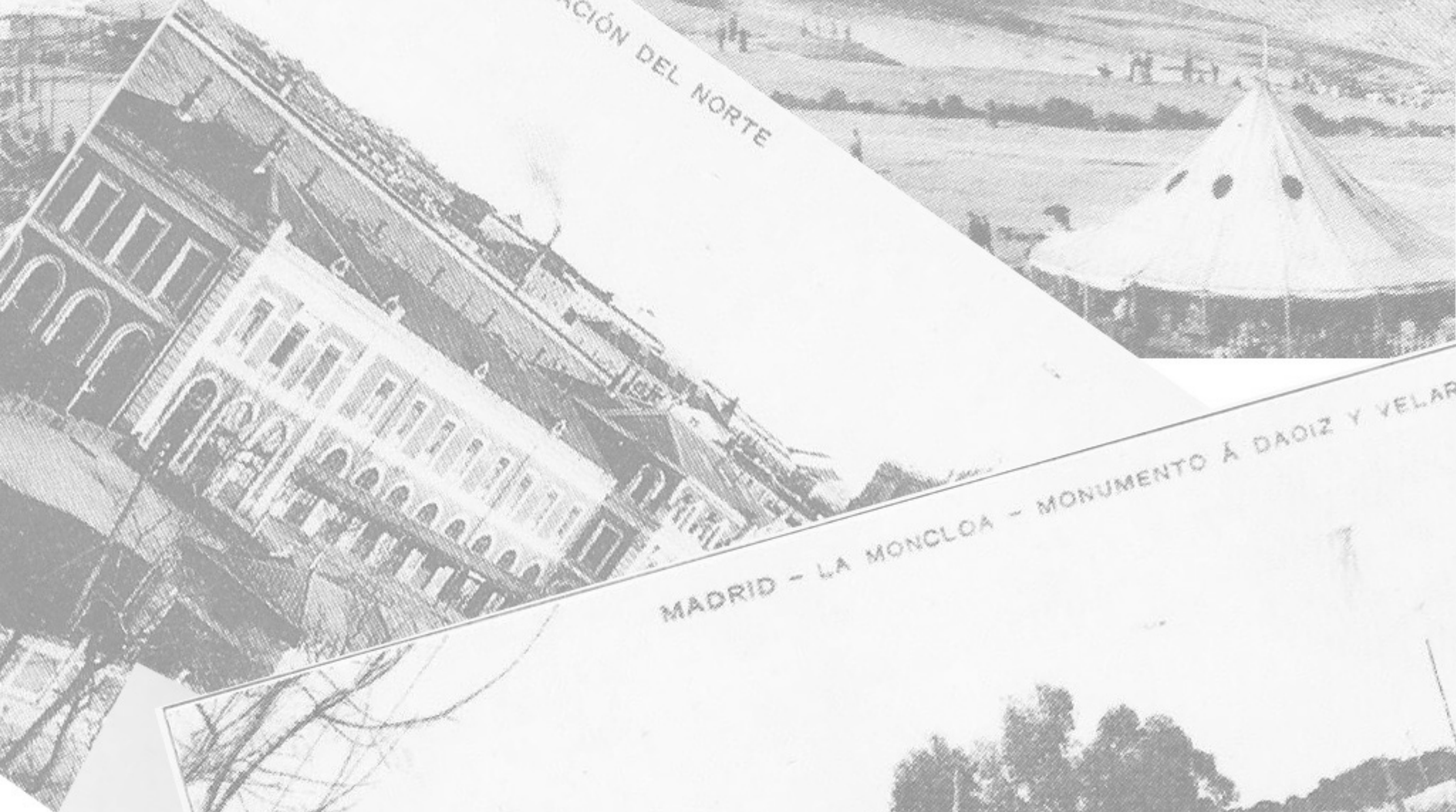
Con la colaboración del Museo Municipal de Madrid

Diario 16

Textos de todas las postales: Guillermo Alonso del Real.
Diario 16 agradece su colaboración a Museo Municipal de Madrid, Biblioteca Nacional,
Casa Postal (C/ Libertad, 37), Grabados México (C/ Huertas, 17 y 20) y Postales-Objetos
(C/ Almirante, 23).



MADRID - ESTACIÓN DEL NORTE



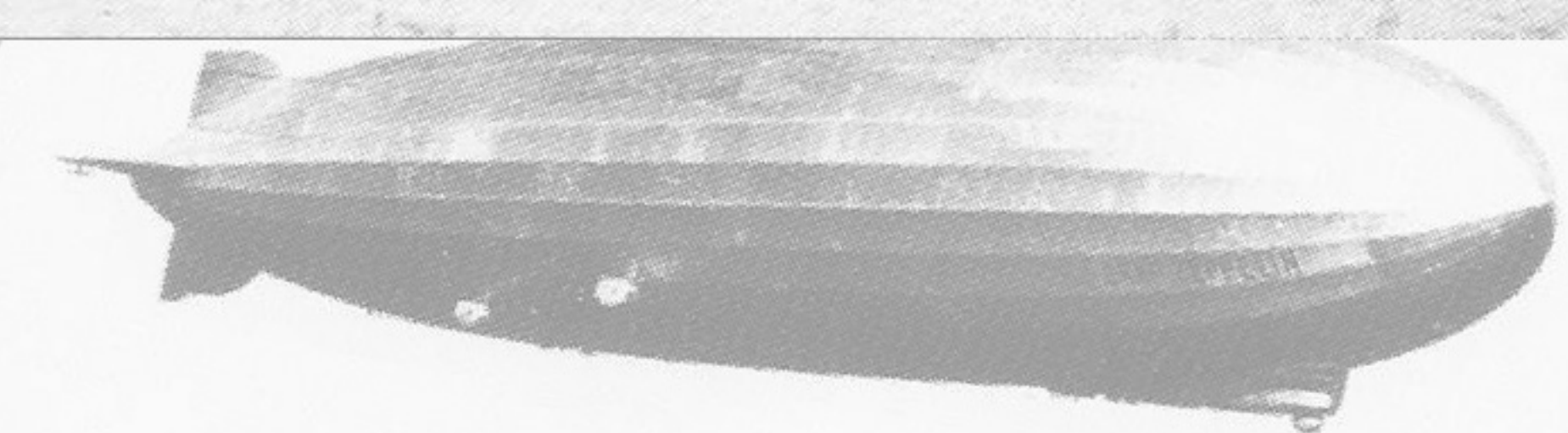
MADRID - LA MONCLOA - MONUMENTO A DAOIZ Y VELARDE



115-11-93
MADRID. - Estatua de Argüelles.



Castañeira y Álvarez -
MADRID -- Puerta de Alca.



Folpiz. Castañeira, Álvarez y Leventid.-Madrid
515 - MADRID. - Puerta del Sol

